

Benjamin Constant
Adolphe

TRADUCCIÓN DE MARTA HERNÁNDEZ



Lectulandia

«El amor crea un pasado como por encantamiento y nos rodea de él. Nos da, por así decirlo, la conciencia de haber vivido durante años con un ser que no hace mucho nos resultaba casi extraño. El amor es sólo un punto luminoso, y sin embargo parece apoderarse del tiempo. Hace unos días no existía, pronto dejará de existir; pero mientras existe expande su luz tanto sobre la época que lo ha precedido como sobre la que debe seguirlo».

Lectulandia

Benjamin Constant

Adolphe

Historia hallada entre los papeles de un desconocido

ePub r1.0

IbnKhalidun 19.10.15

Título original: *Adolphe*
Benjamin Constant, 1816
Traducción: Marta Hernández

Editor digital: IbnKaldun
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

a la segunda edición, o ensayo sobre el carácter y el resultado moral de la obra

Puesto que el éxito de esta obra menor requiere una segunda edición, aprovecho la ocasión para añadir algunas reflexiones sobre el carácter y la moralidad de una historia a la que la atención del público ha dado un valor que estaba lejos de mi intención otorgarle.

Ya protesté contra las alusiones que una malignidad que aspira al mérito de la perspicacia creyó, por absurdas conjeturas, encontrar aquí. Si yo hubiera dado pie a tales interpretaciones, si hubiera en mi libro una sola frase que pudiera autorizarlas, me consideraría digno de la crítica más rigurosa.

Sin embargo, esas supuestas semejanzas son, afortunadamente, lo bastante vagas y desprovistas de veracidad para tomarlas en serio. Por otra parte, no han salido de lo que conocemos como sociedad. Son obra de aquellos que no son admitidos en nuestro mundo y lo observan desde fuera, llenos de curiosidad malsana y vanidad herida, e intentan encontrar o causar escándalo en una esfera que está por encima de ellos.

El escándalo cae tan rápidamente en el olvido que puede que me equivoque al mencionarlo. Pero me llevé una sorpresa tan desagradable que me siento obligado a insistir en que ninguno de los personajes retratados en Adolphe tiene relación alguna con los individuos a los que conozco, que no he querido describir a ninguno de ellos, ni amigo ni indiferente, puesto que me siento ligado, incluso con estos últimos, por el compromiso tácito de respeto y discreción recíprocos sobre el que descansa la sociedad.

Por lo demás, escritores más conocidos que yo han corrido la misma suerte. Se ha pretendido que el señor de Chateaubriand se describió a sí mismo en René; y se ha sospechado que la mujer más espiritual, la mejor de nuestro siglo, Madame de Staël, no sólo se describió en Delphine y Corinne, sino que trazó en estas obras retratos poco favorecedores de algunos de sus conocidos; estas imputaciones no tienen ninguna base; el genio que creó Corinne no tenía ninguna necesidad de recurrir a la maldad, y cualquier perfidia social es incompatible con el carácter de Madame de Staël, tan noble, tan valiente si es perseguido, tan fiel en la amistad, tan generoso en la entrega.

La manía de identificar en las obras de la imaginación a los individuos con los que nos cruzamos en sociedad es una verdadera plaga para estas obras. Las degrada, les da una dirección equivocada, destruye su interés y reduce a la nada su

utilidad. Buscar alusiones en una novela es preferir los enredos a la naturalidad y sustituir el estudio del corazón humano por el cotilleo.

Me parece, lo confieso, que es posible hallar en Adolphe un objetivo más útil y, si se me permite decirlo, más elevado.

No he querido limitarme a mostrar el peligro que suponen los lazos irregulares, que suelen atarnos más en la medida en que nos creemos más libres. No era esta mi idea principal, aunque esa demostración bien hubiera podido ser de utilidad.

Independientemente de la existencia de esas relaciones, que la sociedad tolera y condena, hay en la simple costumbre de recurrir al lenguaje del amor y de permitirse o hacer nacer en los demás emociones sentimentales pasajeras, un peligro que hasta hoy no ha sido considerado como merecía. Tomamos un camino que no podríamos decir adónde lleva, no sabemos qué inspiraremos, ni qué nos exponemos a experimentar. Por divertirnos damos golpes cuya fuerza no calculamos, ni tampoco su reacción sobre nosotros mismos; y la herida que parecía superficial puede ser incurable.

Las mujeres coquetas hacen desde luego bastante daño, aunque los hombres, más fuertes, más alejados del sentimiento por ocupaciones imperiosas, y destinados a ser el centro de lo que los rodea, no tengan en la misma medida que las mujeres la noble y peligrosa facultad de vivir en otro y para otro. ¡Y hasta qué punto un galanteo, que a primera vista podría considerarse frívolo, se hace cruel cuando implica a unos seres débiles que no tienen vida real fuera del corazón, ni otro interés profundo que el afecto, desprovistos de actividad que los ocupe y de carrera que los dirija, confiados por naturaleza, crédulos a causa de una vanidad excusable, que sienten que la única razón de su existencia es entregarse a un protector sin reservas, y que se ven arrastrados una y otra vez a confundir la necesidad de apoyo con la necesidad de amor!

No me refiero al seguro infortunio que resulta de romper esas relaciones irregulares, al trastorno de las situaciones, al rigor de la opinión pública ni a la malevolencia de esta sociedad implacable, que parece complacerse colocando a las mujeres al borde del abismo para condenarlas si caen en él. Eso son sólo desgracias corrientes. Me refiero al sufrimiento del corazón, al doloroso estupor de un alma engañada, a su sorpresa cuando se da cuenta de que el abandono al que se había entregado se convierte en agravio, y sus sacrificios en crímenes a los ojos del que los recibía. Me refiero al horror que se apodera de ella al verse abandonada por aquel que juraba protegerla; del recelo que sustituye a una tan plena confianza y que, forzado a dirigirse contra el ser al que elevaba por encima de todo, llega a extenderse al resto del mundo. Me refiero a la estima que se ve replegada sobre sí misma y que no sabe dónde colocarse.

Tampoco a los hombres les resulta indiferente el daño que causan. Casi todos se creen peores, más ligeros de lo que son. Creen que podrán romper con facilidad un lazo que establecen con despreocupación. Vista de lejos, la imagen del dolor parece

vaga y confusa, una nube que podrán atravesar sin esfuerzo. Una doctrina de fatuidad, tradición funesta, que lega a la vanidad de las nuevas generaciones la corrupción de las que han envejecido, una ironía que se ha hecho trivial, pero que seduce al espíritu con textos picantes, como si los textos cambiaran el fondo de las cosas; todo lo que oyen, en fin, y todo lo que dicen parece prepararlos contra las lágrimas que aún no caen. Pero cuando esas lágrimas caen, resurge lo que es innato en ellos, a pesar de la atmósfera facticia de que se habían rodeado. Sienten que un ser que sufre por lo que ama es sagrado. Sienten que en su corazón, aunque creían no haberlo mezclado en el asunto, se han hundido las raíces del sentimiento que han inspirado, y si quieren dominar lo que llaman, por costumbre, debilidad, deben descender hasta su miserable corazón para aplastar lo que en él hay de generoso, destrozar lo que en él hay de fiel, matar lo que en él hay de bueno. Lo consiguen, pero a costa de dar un golpe mortal a una parte de su alma, y acaban este trabajo habiendo traicionado la confianza, desafiado la simpatía, abusado de la debilidad, insultado la moral al convertirla en excusa para la dureza, profanado todas las expresiones y pisoteado todos los sentimientos. Sobreviven de este modo a su mejor naturaleza pervertidos por su victoria, o bien avergonzados de ella si no ha conseguido pervertirlos.

Algunos me han preguntado qué habría debido hacer Adolphe para experimentar y causar menos dolor. Ni su posición ni la de Ellénore tenían salida, y eso era precisamente lo que yo quería. Lo mostré atormentado porque no amaba intensamente a Ellénore: pero no lo habría estado menos si la hubiera amado más. Su falta de sentimiento lo llevaba a sufrir a causa de ella: si su sentimiento hubiera sido más apasionado, habría sufrido por ella. La sociedad, reprobadora y desdeñosa, habría arrojado todo su veneno sobre un afecto que no habría sancionado con su aceptación. No es precisamente iniciar ese tipo de relaciones lo que se necesita para lograr la felicidad: cuando se ha entrado en este camino, lo único que cabe es escoger el menor de los males.

Prólogo

a la tercera edición

Después de algunas dudas, he consentido finalmente que se reimprimiera esta obrita, publicada hace diez años. Si no hubiera estado casi seguro de que en Bélgica se preparaba una edición no autorizada y de que esta, como la mayor parte de las que difunden por Alemania e introducen en Francia los falsificadores belgas, se vería engrosada por adiciones e interpolaciones en las que yo no habría intervenido, no habría vuelto a preocuparme por esta historia, que escribí con el único objetivo de convencer a un par de amigos, con los que me reuní en el campo, de la posibilidad de dar cierto interés a una novela en que hubiera sólo dos personajes y en que la situación fuera siempre la misma.

Cuando emprendí la tarea, quise desarrollar otras ideas que se me iban ocurriendo y que me pareció que tendrían su utilidad. Quise describir el dolor que lleva a experimentar incluso a los corazones áridos los sufrimientos que causan, y la quimera que los lleva a creerse más despreocupados o más corruptos de lo que son. En la distancia, la imagen del dolor que provocan aparece vaga y confusa, como una nube que podrán atravesar con facilidad; los anima la aprobación de una sociedad del todo facticia, que sustituye los principios por reglas y las emociones por conveniencias, y que odia el escándalo por importuno, no por inmoral, puesto que acoge sin demasiados problemas el vicio cuando no da lugar a escándalo; piensan que los lazos que se forman sin reflexión se romperán sin dolor. Pero al ver la angustia que resulta de esos lazos rotos, el dolorido estupor de un alma engañada, el recelo que reemplaza a la completa confianza y que, forzado a dirigirse contra el ser que consideraba aparte del resto del mundo, se extiende al mundo entero, la estima que se repliega sobre sí misma y que ya no sabe dónde depositarse, se siente que hay algo sagrado en un corazón que sufre porque ama; se descubre la profundidad de las raíces de un afecto que se creía inspirar sin compartirlo: y si se supera lo que llamamos debilidad, es a costa de destruir todo lo que uno tiene de generoso, de destrozarse todo lo que tiene de fiel, de sacrificar todo lo que tiene de noble y bueno. Uno sale de esta victoria, que amigos y conocidos aplauden, habiendo dado un golpe mortal a una parte de su alma, desafiado la simpatía, abusado de la debilidad, ultrajado la moral al tomarla como pretexto para la dureza; y uno sobrevive a lo mejor de su naturaleza avergonzado o pervertido por tan triste éxito.

Tal es el cuadro que quise trazar en Adolphe. No sé si lo habré conseguido; el hecho de que casi todos aquellos de mis lectores con los que me he tropezado se hayan reconocido en la situación del protagonista podría hacerme pensar que me acerqué a la verdad. Es cierto que los remordimientos que mostraban por el dolor

que habían causado dejaban adivinar una especie de fatua satisfacción; les gustaba describirse como si, igual que Adolphe, hubieran sido perseguidos por el obstinado afecto que habían inspirado, como si hubieran sido víctimas del amor inmenso que alguien había concebido por ellos. Yo diría que la mayoría se calumniaban y que, si su orgullo los hubiera dejado en paz, su conciencia habría podido descansar.

Sea como fuere, ahora me es bastante indiferente todo lo que tiene que ver con Adolphe; no doy ningún valor a esta novela, y repito que al dejar que reaparezca ante un público que seguramente la ha olvidado, si es que alguna vez llegó a conocerla, mi única intención ha sido declarar que cualquier edición que contenga algo distinto de la que ahora presento no procede de mí, y no me hago responsable de ella.

Nota del editor

Hace ya muchos años viajé por Italia. El desbordamiento del Neto me detuvo en un albergue de Cerenza, un pequeño pueblo de Calabria; en el mismo albergue se encontraba un extranjero que se había visto obligado a permanecer allí por el mismo motivo. Era muy silencioso y parecía triste; no demostraba ninguna clase de impaciencia. Puesto que era el único a quien podía dirigirme en aquel lugar, a veces me quejaba a él del retraso de nuestra partida. «A mí me da igual —me respondía— estar aquí o en otra parte». El posadero, que había hablado con un criado napolitano que servía al extranjero sin saber su nombre, me dijo que no viajaba por curiosidad, porque no visitaba las ruinas, ni los sitios, ni los monumentos, ni a los hombres. Leía mucho, pero nunca muy seguido; al atardecer daba paseos, siempre solo, y a menudo pasaba el día entero sentado e inmóvil, con la cabeza entre las manos.

En el momento en que las comunicaciones, una vez restablecidas, nos habrían permitido partir, el extranjero cayó muy enfermo. La humanidad me impuso el deber de prolongar mi estancia a su lado para ocuparme de él. En Cerenza había un médico de pueblo; quise enviar a alguien a Cosenza a buscar una ayuda más eficaz. «No es necesario —me dijo el extranjero—, este es el hombre que necesito». Tenía razón, quizá más de la que él mismo pensaba, porque aquel hombre lo curó. «No os había creído tan hábil», le dijo con algo de humor al despedirlo: después agradeció mis cuidados y se marchó.

Unos meses más tarde recibí, estando en Nápoles, una carta del posadero de Cerenza y una cajita que se había hallado en la carretera que va a Strongoli, que era la que habíamos tomado el extranjero y yo, aunque por separado. El dueño del albergue me la enviaba porque estaba casi seguro de que nos pertenecía a uno de los dos. Contenía muchas cartas viejas, sin dirección o con la dirección y la firma borradas, un retrato de mujer y un cuaderno en el que se explicaba la anécdota o historia que puede leerse a continuación. El extranjero, a quien pertenecían esos efectos, no me había facilitado cuando nos separamos medio alguno para escribirle; hacía diez años que los conservaba, sin saber el uso que debía hacer de ellos, cuando al mencionar por casualidad el asunto a algunas personas en una ciudad de Alemania, una de ellas me rogó con insistencia que le confiara el manuscrito de que era depositario. Me lo devolvió al cabo de ocho días, acompañado de una carta que he añadido al final de la historia porque sería ininteligible si se leyera antes.

Esta carta me llevó a decidirme a la presente publicación, al darme la seguridad de que al hacerlo no podía ofender ni comprometer a nadie. No he cambiado ni una coma del original; ni siquiera tengo nada que ver con la supresión de los nombres propios: estaban como aparecen aquí, sólo con las iniciales.

Capítulo I

Había terminado, a los veintidós años, mis estudios en la Universidad de Gotinga. El proyecto de mi padre, ministro del elector de ***, era que me dedicase a recorrer los países más notables de Europa. Después me llamaría a su lado para hacerme entrar en el departamento que él dirigía y prepararme para que un día ocupara su puesto. Los resultados que había obtenido gracias a un esfuerzo bastante tenaz, en medio de una vida muy disipada, me distinguieron de mis compañeros de clase e hicieron que mi padre concibiera respecto a mí unas esperanzas que eran probablemente muy exageradas.

Estas esperanzas hacían que se mostrara muy indulgente hacia mis faltas, y había cometido muchas. Nunca me hizo sentir sus consecuencias. Siempre cedía a mis ruegos y a veces se adelantaba a ellos.

Desgraciadamente, su conducta era más noble y generosa que tierna. Yo estaba convencido de que tenía derecho a mi agradecimiento y a mi respeto; sin embargo, nunca hubo ninguna clase de confianza entre nosotros. En su espíritu había un no sé qué irónico que no casaba con mi carácter. Lo único que yo pedía en esa época era entregarme a las impresiones primitivas y fogosas que hacen que el alma salga de la esfera común, y le inspiran desdén hacia todo lo que la rodea. No hallaba en mi padre a un censor, sino a un observador frío y cáustico que empezaba sonriendo compasivamente y acababa la conversación enseguida, con impaciencia. No recuerdo, durante mis primeros dieciocho años, haber sostenido ninguna conversación larga con él. Sus cartas eran afectuosas y estaban llenas de consejos razonables y sensibles; pero cuando estábamos frente a frente, parecía sentirse violento sin que yo pudiera comprenderlo, y la situación me resultaba penosa. Entonces no sabía lo que era la timidez, ese sufrimiento interior que nos persigue incluso a la edad más avanzada, que hace que se replieguen en nuestro corazón las impresiones más profundas, que nos hiela las palabras, que desnaturaliza en nuestra boca todo lo que intentamos decir y sólo nos permite expresarnos por medio de vaguedades o de una ironía más o menos amarga, como si quisiéramos hacer pagar a nuestros propios sentimientos el dolor que experimentamos por no poder darlos a conocer. Yo no sabía que mi padre era tímido incluso con su hijo, ni que a menudo, después de haber esperado largamente unas pruebas de afecto que su frialdad externa parecía impedirme, se alejaba de mí con lágrimas en los ojos y se quejaba a otros de que yo no lo quería.

La inhibición que sentía a su lado tuvo una gran influencia sobre mi carácter. Tan tímido como él, pero más inquieto porque era más joven, me acostumbré a encerrar en mi interior todo lo que sentía, a hacer planes en solitario, a contar sólo conmigo mismo para ejecutarlos, a considerar las opiniones, el interés, la ayuda e incluso la sola presencia de los demás como una molestia y un obstáculo. Contraje el hábito de no hablar nunca de lo que me preocupaba, de no someterme a la conversación más

que como necesidad importuna y de animarla, en caso de hacerlo, con bromas continuas que me la hacían menos fatigosa y me ayudaban a esconder mis verdaderos pensamientos. De esto se derivó cierta incapacidad para el abandono que mis amigos me siguen reprochando y una dificultad para hablar en serio que siempre me ha costado superar. Resultó a la vez en un deseo ardiente de independencia, una gran inquietud respecto a los lazos que me rodeaban, un terror invencible a formar otros. Únicamente me sentía cómodo a solas, y es tal el efecto de esa disposición de ánimo que, incluso en la actualidad, cuando en las circunstancias más irrelevantes debo escoger entre dos opciones, la figura humana me trastorna y mi movimiento natural es rehuirla para deliberar en paz. No obstante, no tenía en absoluto un egoísmo tan profundo como mi carácter parecía anunciar: aunque sólo me interesaba por mí, no me interesaba demasiado por mí mismo. En el fondo de mi corazón yacía una sed de sensibilidad de la que no me daba cuenta, pero que, al no encontrar modo alguno de satisfacerse, me desligaba sucesivamente de todo aquello que de vez en cuando atraía mi curiosidad. Esa indiferencia respecto a todo se había fortalecido, además, por la idea de la muerte, que me había impresionado siendo yo muy joven y de la que nunca he podido comprender que los hombres se distraigan con tanta facilidad. A los diecisiete años vi morir a una mujer mayor cuyo espíritu, notable y extraño, había empezado a desarrollar el mío. Esta mujer, como tantas otras, en su juventud se había lanzado al mundo sin conocerlo, sintiendo que disponía de una gran energía espiritual y de unas facultades verdaderamente poderosas. También como tantas otras, obligada a plegarse a conveniencias facticias, aunque necesarias, había visto sus esperanzas traicionadas y su juventud transcurrir sin placer; y la vejez le había llegado finalmente sin someterla. Vivía en un castillo cercano a una de nuestras propiedades, descontenta y apartada, contando con el único recurso de su espíritu, con el que se dedicaba a analizarlo todo. Durante cerca de un año, en nuestras inagotables conversaciones contemplamos la vida en todas sus facetas y también la muerte como el fin de todo; y, después de haber hablado tanto de la muerte con ella, vi que la muerte la golpeaba ante mis ojos.

Este acontecimiento me había llenado de incertidumbre respecto al destino y de una vaga ensoñación que no me abandonaba. Entre los poetas, prefería leer a los que recordaban la brevedad de la vida humana. Me parecía que no había ningún objetivo que mereciera ningún esfuerzo. Resulta bastante singular que esta sensación se haya ido debilitando precisamente a medida que los años se han acumulado sobre mí. ¿Podría ser porque en la esperanza hay siempre algo dudoso y porque, cuando se aparta de la trayectoria del hombre, esta adquiere un carácter más severo, pero más positivo? ¿Podría ser que la vida parece tanto más real cuando se desvanecen todas las ilusiones, del mismo modo que la cima de las montañas se dibuja mejor en el horizonte cuando las nubes se disipan?

Me dirigí, al dejar Gotinga, a la pequeña ciudad de D***. Esta ciudad era la residencia de un príncipe que, como la mayoría de los de Alemania, gobernaba con

discreción una región poco extensa, protegía a los hombres ilustrados que iban a instalarse allí, permitía a todas las opiniones una perfecta libertad, pero que, limitado por la antigua costumbre de estar acompañado de sus cortesanos, no conseguía reunir a su alrededor más que a hombres que eran en su mayor parte insignificantes o mediocres.

Fui acogido en esta corte con la curiosidad que naturalmente inspira cualquier extranjero que venga a romper el círculo de la monotonía y la etiqueta. Durante algunos meses no percibí nada que pudiera cautivar mi atención. Me sentía agradecido por la cortesía que se me demostraba; pero a veces la timidez me impedía sacarle provecho, y a veces la fatiga que me causaba una agitación sin objeto me llevaba a preferir la soledad a los placeres insípidos que se me invitaba a compartir. No sentía odio hacia nadie, pero pocas personas me inspiraban interés; cuando los hombres se sienten heridos por la indiferencia, la atribuyen a la malevolencia o a la afectación; no quieren creer que sea natural que alguien se aburra con ellos. Algunas veces intentaba limitar mi aburrimiento; me refugiaba en una profunda taciturnidad: los demás tomaban esta taciturnidad por desdén. Otras veces, cansado de mi propio silencio, me permitía ciertas bromas, y mi espíritu, una vez iniciado el movimiento, me arrastraba fuera de toda medida. En un día revelaba todas las ridiculeces que había observado durante un mes. Los que recibían mis repentinas e involuntarias efusiones no me las agradecían, y con razón: porque lo que se apoderaba de mí era la necesidad de hablar y no la confianza. Había contraído, en mis conversaciones con la mujer que había desarrollado mis ideas en primer lugar, una aversión insuperable hacia todos los lugares comunes y las fórmulas dogmáticas. De este modo, cuando oía a la mediocridad disertar con complacencia sobre principios del todo establecidos, del todo incontestables respecto a la moral, a las conveniencias o a la religión, cosas que no le cuesta mucho poner al mismo nivel, me sentía empujado a contradecirla: no porque hubiera adoptado opiniones contrarias, sino porque me impacientaba una convicción muy firme y pesada. No sé qué instinto me advertía, por otra parte, que desconfiara de unos axiomas generales tan exentos de cualquier restricción, tan desprovistos de cualquier matiz. Los tontos hacen de su moral una masa compacta e indivisible, de modo que se mezcle lo menos posible con sus acciones y los deje libres en cuanto a los detalles.

Obtuve pronto, gracias a esta conducta, una gran reputación de ligereza, de ignominia, de maldad. Mis amargas palabras fueron consideradas pruebas de un alma odiosa; mis bromas, atentados contra todo lo que pudiera haber de respetable. Aquellos de los que había cometido el error de burlarme hallaban cómodo hacer causa común con los principios que me acusaban de haber puesto en duda: puesto que, sin quererlo, había hecho que se rieran unos de otros, se reunieron todos contra mí. Se habría dicho que, al señalar sus ridiculeces, traicionaba una confianza que habían depositado en mí; se habría dicho que, al mostrarse a mis ojos tal como eran, habían obtenido de mi parte la promesa del silencio: yo no tenía en absoluto

conciencia de haber aceptado un trato tan oneroso. Habían hallado placer en dejarse ir: yo lo hallaba en observarlos y describirlos; y lo que ellos llamaban perfidia me parecía una compensación del todo inocente y perfectamente legítima.

No intento en absoluto justificarme: renuncié hace ya mucho a esa frívola y fácil costumbre, propia de los espíritus sin experiencia; sólo quiero decir, y más para los otros que para mí mismo, puesto que estoy apartado del mundo, que se necesita tiempo para acostumbrarse a la especie humana tal como la han hecho el interés, la afectación, la vanidad y el miedo. El asombro de la primera juventud, ante una sociedad tan facticia y compleja, es más el anuncio de un corazón natural que el de un espíritu malévolo. Esa sociedad, por otra parte, no debe temer nada de él. Pesa de tal modo sobre nosotros, su sorda influencia es hasta tal punto poderosa, que no tarda en darnos forma de acuerdo con el molde universal. Lo único que nos asombra entonces es nuestro propio asombro, y nos encontramos a gusto en nuestra nueva forma, de igual modo que acabamos por respirar con comodidad en un espectáculo lleno de gente, mientras que al entrar nos costaba un gran esfuerzo hacerlo.

Si algunos escapan a este destino general, encierran en sí mismos su secreto desacuerdo; perciben en la mayor parte de los ridículos el germen de los vicios: no bromean sobre ellos, porque el desprecio reemplaza a la burla, y el desprecio es silencioso.

Así pues, se estableció, entre el pequeño público que me rodeaba, una vaga inquietud acerca de mi carácter. No podían mencionar ninguna acción condenable; ni siquiera podían dejar de atribuirme algunas que parecían anunciar generosidad o entrega; pero decían que era un inmoral, alguien poco de fiar: dos calificativos inventados con gran fortuna para insinuar los hechos que se ignoran y dejar adivinar lo que no se sabe.

Capítulo II

Distraído, ausente, aburrido, no me daba cuenta de la impresión que causaba, y repartía mi tiempo entre unos estudios que interrumpía a menudo, unos proyectos que no ejecutaba, unos placeres que no me interesaban demasiado, cuando una circunstancia, muy frívola en apariencia, produjo en mi disposición una revolución importante.

Un joven al que estaba bastante unido intentaba desde hacía unos meses complacer a una de las mujeres menos insípidas de la sociedad en que vivíamos: yo era el confidente desinteresado de su empresa. Después de muchos esfuerzos, consiguió hacerse querer; y, puesto que no me había ocultado sus reveses ni sus penas, se creyó obligado a comunicarme sus éxitos: no había nada que igualara sus arrebatos ni el exceso de su alegría. El espectáculo de tal felicidad me hizo lamentar no haberla experimentado todavía; hasta entonces no había tenido una relación femenina que halagara mi amor propio; un nuevo porvenir pareció desvelarse ante mis ojos; una nueva necesidad se hizo sentir en el fondo de mi corazón. En esta necesidad había, sin duda, mucha vanidad, pero no había solamente vanidad, y quizá hubiera menos de lo que yo mismo creía. Los sentimientos humanos son confusos y entremezclados; se componen de una gran cantidad de impresiones distintas que escapan a la observación; y la palabra, siempre demasiado grosera y general, aunque pueda servir para designarlas, no sirve jamás para definir las.

En casa de mi padre había adoptado respecto a las mujeres un método bastante inmoral. Mi padre, aunque observara estrictamente las conveniencias exteriores, se permitía frecuentemente frases ligeras sobre las relaciones amorosas: le parecían diversiones, si no permitidas, al menos excusables, y sólo consideraba con seriedad el matrimonio. Tenía por principio que un joven debe evitar con cuidado hacer lo que se conoce como una tontería, es decir, contraer un compromiso duradero con una persona que no sea perfectamente su igual en cuanto a fortuna, nacimiento y ventajas exteriores; por lo demás, sin embargo, no le parecía que hubiera inconveniente en tomar y después dejar a cualquier mujer durante el tiempo que fuera, mientras no se tratara de casarse con alguna de ellas; y lo había visto sonreír con una especie de aprobación ante esta parodia de una frase conocida: *¡A ellas les duele tan poco, y a nosotros nos produce tanto placer!*

No se sabe hasta qué punto, en la primera juventud, conversaciones de esta clase causan una impresión profunda, ni cómo, en una edad en que todas las opiniones son todavía ambiguas y vacilantes, los niños se sorprenden al ver que se contradicen, con bromas que todo el mundo aplaude, las reglas directas que se les han dado. Estas reglas ya no son, a sus ojos, más que unas fórmulas banales que sus padres han convenido en repetirle para tranquilizar su conciencia, y les parece que las bromas encierran el verdadero secreto de la vida.

Atormentado por una vaga emoción, quiero ser amado, me decía, y miraba a mi

alrededor; no veía a nadie que me inspirase amor, a nadie que me pareciera susceptible de sentirlo; interrogaba a mi corazón y a mis gustos: no sentía ninguna inclinación que pesara más que otras. Me agitaba interiormente de este modo cuando trabé conocimiento con el conde de P***, hombre de unos cuarenta años cuya familia estaba unida a la mía. Me propuso que fuera a verlo. ¡Desgraciada visita! En su casa vivía su amante, una polaca célebre por su belleza, aunque ya no estuviera en la primera juventud. Esta mujer, a pesar de su situación de desventaja, había demostrado en varias ocasiones tener un carácter elevado. Su familia, bastante ilustre en Polonia, había quedado arruinada a causa de los disturbios del país. Su padre había sido proscrito; su madre había buscado asilo en Francia y había llevado allí a su hija, a la que dejó, al morir, en un completo aislamiento. El conde de P*** se había enamorado de ella. He ignorado siempre de qué modo se estableció una relación que, cuando vi a Ellénore por primera vez, estaba asentada desde hacía tiempo y, por así decirlo, consagrada. ¿Había sido la fatalidad de su situación o la inexperiencia de su edad lo que la había lanzado a una carrera que repugnaba tanto a su educación como a sus costumbres y al orgullo que formaba una parte muy destacable de su carácter? Lo que sé, lo que todos sabían, es que cuando el conde de P*** vio que su fortuna desaparecía casi completamente y que su libertad era amenazada, Ellénore le dio tales muestras de entrega, rechazó con tal desprecio las más brillantes ofertas, compartió los peligros que corría y su pobreza con tal celo e incluso con tal alegría, que la severidad más escrupulosa no podía evitar hacer justicia a la pureza de sus motivos ni al desinterés de su conducta. A su actividad, a su valor, a su inteligencia, a los sacrificios de toda clase que había soportado sin quejarse, debía su amante el haber recuperado una parte de sus bienes. Habían venido a establecerse en D*** para seguir allí un proceso que podía devolver por completo su antigua opulencia al conde de P***, y pensaban que tendrían que quedarse alrededor de dos años.

Ellénore tenía un espíritu corriente; sin embargo, sus ideas eran justas, y sus manifestaciones, siempre simples, resultaban a veces impresionantes por la nobleza y la elevación de sus sentimientos. Tenía muchos prejuicios; sin embargo, todos ellos iban en contra de sus intereses. Daba un gran valor a la regularidad de la conducta, precisamente porque la suya no era regular de acuerdo con su educación. Era muy religiosa, porque la religión condenaba su forma de vivir. En la conversación rechazaba con severidad lo que a otras mujeres les habría parecido sólo bromas inocentes, porque temía siempre que alguien pudiera creerse, a causa de su situación, autorizado a dirigirle palabras inconvenientes. Habría deseado no recibir en su casa más que a hombres del mayor nivel y de costumbres irreprochables, porque las mujeres con las que la horrorizaba que pudieran compararla suelen formarse un círculo equívoco y, resignadas a la pérdida de consideración, en sus relaciones sólo buscan divertirse. Ellénore, en una palabra, estaba en lucha constante con su destino. Protestaba, por así decirlo, con cada una de sus acciones y de sus palabras, contra la clase en la que se veía alineada: y puesto que sentía que la realidad era más fuerte que

ella, y que sus esfuerzos no variaban en absoluto su estado, era muy desgraciada. Criaba a dos niños que había tenido del conde de P*** con excesiva austeridad. A veces se habría dicho que una secreta rebelión se mezclaba con el cariño, más apasionado que tierno, que les demostraba, y que esa rebelión los convertía de algún modo en importunos. Cuando, con la mejor intención, alguien hacía un comentario sobre el crecimiento de los niños, sobre el talento que parecían prometer, sobre la carrera que seguirían, se la veía palidecer por el pensamiento de que un día tendría que confesarles los detalles de su nacimiento. Pero el menor peligro, una hora de ausencia, la devolvía a ellos con una ansiedad en la que se adivinaban una especie de remordimiento y el deseo de darles con sus caricias la felicidad que ella misma no encontraba. Esta oposición entre sus sentimientos y el lugar que ocupaba en el mundo le habían dado un humor muy desigual. A menudo se mostraba soñadora y taciturna; a veces hablaba con impetuosidad. Atormentada como estaba por una idea concreta, no permanecía del todo tranquila ni en la conversación más general. Sin embargo, por el mismo motivo, en su modo de hacer había algo de fogoso e inesperado que la hacía más interesante de lo que habría debido ser por su naturaleza. Lo extraño de su posición suplía en ella la novedad de las ideas. Era contemplada con interés y curiosidad, como una hermosa tempestad.

Ofrecida a mi mirada en un momento en el que mi corazón tenía necesidad de amor y mi vanidad de éxito, Ellénore me pareció una conquista digna de mí. También ella encontró placer en la compañía de un hombre distinto de aquellos a los que había visto hasta entonces. Su círculo se había compuesto de algunos amigos o parientes de su amante y de sus esposas, a los que el ascendiente del conde de P*** había obligado a recibirla. Los maridos estaban casi tan desprovistos de sentimientos como de ideas; las mujeres sólo diferían de sus maridos por una mediocridad más inquieta y agitada, porque no tenían como ellos la tranquilidad de espíritu que resulta de la ocupación y de la regularidad de los quehaceres. Un humor más ligero, una conversación más amena, una mezcla particular de melancolía y animación, de desaliento e interés, de entusiasmo e ironía, sorprendieron y atrajeron a Ellénore. Hablaba varias lenguas, a decir verdad no demasiado bien, pero siempre con vivacidad y a veces con gracia. Sus ideas parecían abrirse paso a través de los obstáculos y salir más agradables de esta lucha, más inocentes y nuevas; porque los idiomas extranjeros rejuvenecen los pensamientos y los libran de los giros que los hacen parecer comunes y afectados. Leíamos juntos a los poetas ingleses; paseábamos juntos. Iba a menudo a verla por la mañana; regresaba junto a ella al caer la tarde; hablaba con ella sobre mil temas.

Pensaba hacer, en calidad de observador frío e imparcial, una visita por su carácter y por su espíritu; pero cada palabra que pronunciaba me parecía revestida de una gracia inexplicable. La intención de complacerla daba un nuevo interés a mi vida y animaba mi existencia de un modo inusitado. Atribuía a su encanto este efecto casi mágico: lo habría disfrutado aún más completamente sin el compromiso que había

adquirido con mi amor propio, que se interponía entre Ellénore y yo. Me parecía estar obligado a dirigirme al objetivo que me había propuesto con la mayor rapidez: así, no me entregaba a mis impresiones sin reserva. Tenía prisa por hablar porque me parecía que sólo tenía que hablar para conseguir mi propósito. No creía amar a Ellénore en absoluto; pero ya no habría podido resignarme a no gustarle. Pensaba sin cesar en ella: me hacía mil proyectos; inventaba mil formas de conquistarla, con esa fatuidad inexperta que se cree segura del éxito porque todavía no ha intentado nada.

Sin embargo, una timidez invencible me detenía: todos mis discursos expiraban en mis labios, o terminaban de un modo completamente distinto al que me había propuesto. Me debatía interiormente: estaba indignado conmigo mismo.

Así pues, buscaba un razonamiento que pudiera sacarme de esta lucha de un modo honroso a mis propios ojos. Me dije que no era necesario precipitar las cosas, que Ellénore no estaba todavía preparada para la confesión que planeaba y que era mejor seguir esperando. Casi siempre, para vivir en paz con nosotros mismos, disfrazamos de cálculo y método nuestra impotencia y nuestra debilidad: satisfacemos así a esa parte de nosotros que es, por así decirlo, espectadora de la otra.

La situación se prolongó. Cada día fijaba para el siguiente el momento invariable de una declaración explícita, y el día siguiente pasaba siempre como la víspera. La timidez me abandonaba en el momento en que dejaba a Ellénore; retomaba entonces mis hábiles planes y mis intensas maquinaciones; pero en cuanto estaba a su lado, me sentía de nuevo tembloroso y turbado. Si alguien hubiera leído en mi corazón en su ausencia, me habría tomado por un seductor frío e insensible; si alguien me hubiera visto cerca de ella, habría creído reconocer en mí a un amante novel, confuso y apasionado. Este alguien se habría equivocado igualmente en los dos juicios: no hay en absoluto unidad completa en el hombre, y nadie es casi nunca del todo sincero ni del todo malintencionado.

Convencido por estas reiteradas experiencias de que nunca me atrevería a hablar a Ellénore, decidí escribirle. El conde de P*** estaba ausente. Los combates que había librado largamente con mi propio carácter, la impaciencia que experimentaba por no haberlo podido vencer, la incertidumbre respecto al éxito de mi tentativa, dieron a mi carta una agitación que se parecía mucho al amor. Enardecido además como estaba por mi propio estilo, al acabar de escribir notaba algo de la pasión que había intentado expresar con la mayor fuerza posible.

Ellénore vio en mi carta lo que era natural, el arrebatado pasajero de un hombre que tenía diez años menos que ella, cuyo corazón se abría a unos sentimientos que le eran todavía desconocidos, y que se hacía más merecedor de piedad que de cólera. Me respondió con bondad, me dio afectuosos consejos, me ofreció una sincera amistad, pero me hizo saber que, hasta el regreso del conde de P***, no podría recibirme.

Su respuesta me trastornó. Mi imaginación, irritada a causa del obstáculo, se apoderó de toda mi existencia. De repente creí experimentar con furia el amor que una hora antes me felicitaba de fingir. Corrí a casa de Ellénore; me dijeron que había

salido. Le escribí; le supliqué que me concediera una última entrevista; le mostré en términos desgarradores mi desesperación, los funestos proyectos que me inspiraba su cruel determinación. Esperé en vano una respuesta durante la mayor parte del día. Sólo conseguí calmar mi inexpresable sufrimiento repitiéndome que al día siguiente arrostraría todas las dificultades y conseguiría llegar hasta Ellénore para hablar con ella. Al caer la tarde me trajeron unas palabras suyas: eran suaves. Me pareció notar en ellas una sensación de pesar y de tristeza; sin embargo, persistía en su resolución, que me anunciaba que era inquebrantable. Me presenté nuevamente en su casa al día siguiente. Se había ido al campo y sus criados no sabían adónde. Tampoco tenían ningún modo de hacerle llegar el correo.

Me quedé mucho rato inmóvil ante su puerta, incapaz de imaginar cómo llegar hasta ella. Yo mismo estaba sorprendido de mi propio sufrimiento. La memoria me recordaba los instantes en que me había dicho que sólo aspiraba a tener éxito; que se trataba sólo de un intento al que renunciaría sin esfuerzo. No concebía en absoluto el dolor violento, indomable, que me desgarraba el corazón. De este modo pasaron varios días. Era incapaz tanto de distraerme como de estudiar. Erraba sin cesar ante la puerta de Ellénore. Me paseaba por la ciudad como si hubiera podido encontrarla al volver cualquier esquina. Una mañana, en una de esas carreras sin objetivo que me servían para reemplazar la agitación por la fatiga, distinguí el coche del conde de P***, de regreso de su viaje. Me reconoció y echó pie a tierra. Tras algunas frases banales le hablé, disimulando mi turbación, de la partida repentina de Ellénore.

—Sí —me contestó—, a una de sus amigas, que vive a unas leguas de aquí, le ha pasado no sé qué suceso molesto que ha llevado a Ellénore a creer que su consuelo le sería útil. Se marchó sin consultarme. Es una persona en la que dominan los sentimientos, y su alma, siempre activa, halla casi reposo en la entrega. Pero su presencia aquí me resulta muy necesaria; le escribiré; lo más probable es que regrese dentro de unos días.

Esta seguridad me calmó; sentí que mi dolor se apaciguaba. Por primera vez desde la partida de Ellénore, pude respirar sin esfuerzo. Su regreso no se produjo con la rapidez que esperaba el conde de P***. Pero yo había retomado mi vida habitual y la angustia que había experimentado empezaba a disiparse cuando, al cabo de un mes, el señor de P*** me hizo avisar de que Ellénore llegaría por la tarde. Como tenía un gran interés en que conservara en sociedad el lugar que por su carácter merecía y del que su situación parecía excluirla, había invitado a cenar a varias mujeres, familiares y amigas suyas que habían consentido en tratar a Ellénore.

Mis recuerdos reaparecieron, al principio confusos, enseguida más vivos. Estaba también mi amor propio. Me sentía turbado, humillado, por reencontrar a una mujer que me había tratado como a un niño. Me parecía estar viéndola, sonriéndome porque una corta ausencia había calmado la efervescencia de una joven cabeza; y adivinaba en su sonrisa una especie de desprecio hacia mí. Mis sentimientos se fueron despertando gradualmente. Ese mismo día me había levantado sin pensar en absoluto

en Ellénore: una hora después de haber recibido la noticia de su llegada, su imagen erraba ante mis ojos, reinaba en mi corazón, y sentía la fiebre del temor de no verla.

Me quedé en casa todo el día; estuve, por así decirlo, escondido: me asustaba que el menor movimiento pudiera impedir nuestro reencuentro. Sin embargo, nada había más simple ni más cierto; pero la deseaba con tanto ardor que me parecía imposible reunirme con ella. La impaciencia me devoraba: a cada momento consultaba el reloj. Me veía obligado a abrir la ventana para respirar; la sangre me quemaba al circularme por las venas.

Finalmente oí que sonaba la hora a la que debía presentarme en casa del conde. La impaciencia se mudó de golpe en timidez; me vestí con lentitud; ya no tenía ninguna prisa por llegar: sentía tanto miedo de que mi espera se viera decepcionada, sentía tan vivamente el dolor que me arriesgaba a experimentar, que de buena gana habría consentido en aplazarlo todo.

Era bastante tarde cuando entré en casa del señor de P***. Distinguí a Ellénore sentada al fondo de la habitación; no me atreví a adelantarme, me pareció que todos tenían la vista clavada en mí. Fui a esconderme en un rincón del salón, tras un grupo de hombres que charlaban. Desde allí contemplaba a Ellénore: la vi ligeramente cambiada, estaba más pálida que de costumbre. El conde me descubrió en la especie de retiro donde me había refugiado; se acercó a mí, me cogió de la mano y me condujo hasta Ellénore.

—Te presento —le dijo riendo— a uno de los hombres a los que tu partida más sorprendió.

Ellénore hablaba con una mujer que estaba a su lado. Cuando me vio, sus palabras se detuvieron en sus labios; se quedó completamente confundida: yo también lo estaba.

Podían oírnos, así que dirigí a Ellénore preguntas indiferentes. Ambos mantuvimos una calma aparente. Nos anunciaron que la cena estaba servida; ofrecí mi brazo a Ellénore y no pudo rechazarlo.

—Si no me promete —le dije mientras la acompañaba— recibirme mañana a las once, me iré ahora mismo, abandonaré mi país, a mi familia y a mi padre, romperé todos mis lazos, renunciaré a todas mis obligaciones y acabaré, no importa dónde, lo más pronto posible con una vida que usted se complace en envenenar.

—¡Adolphe! —me respondió; dudaba.

Hice un movimiento para alejarme. No sé qué expresarían mis facciones, pero nunca había sentido tan violenta crispación.

Ellénore me miró. En su cara se pintó el terror, mezclado con el afecto.

—Le recibiré mañana —me dijo—, pero le ruego...

Nos seguían muchas personas y no pudo terminar la frase. Le apreté la mano con mi brazo; nos sentamos a la mesa.

Habría querido sentarme al lado de Ellénore, pero el amo de la casa lo había dispuesto de otro modo: me vi colocado casi frente a ella. Al principio de la cena

estaba soñadora. Cuando se le dirigía la palabra, respondía con suavidad; sin embargo, recaía enseguida en la distracción. Una de sus amigas, extrañada por su silencio y su abatimiento, le preguntó si estaba enferma:

—Últimamente no me he encontrado bien —respondió— y todavía me siento bastante débil.

Yo aspiraba a producir una impresión agradable en el espíritu de Ellénore; quería, mostrándome amable y espiritual, predisponerla en mi favor y prepararla para la entrevista que me había concedido. Así pues, intenté atraer su atención de mil maneras. Conduje la conversación hacia temas que sabía que le interesaban; nuestros vecinos tomaron parte en ella: su presencia me inspiraba; conseguí que me escuchara, pronto la vi sonreír: me produjo tanta alegría, mis miradas expresaron tanto agradecimiento, que no pudo evitar emocionarse. Su tristeza y su distracción se disiparon: dejó de resistirse al encanto secreto que le llenaba el alma al ver la felicidad que le debía: y cuando nos levantamos de la mesa, nuestros corazones se entendían como si nunca nos hubiéramos separado.

—Ya ve usted —le dije al darle la mano para regresar al salón— que es la dueña de toda mi existencia; ¿qué le he hecho para que se complazca en atormentarla?

Capítulo III

Pasé la noche en vela. Ya no se trataba, en mi espíritu, de cálculos ni de proyectos; me sentía, con la mejor intención del mundo, verdaderamente enamorado. Ya no me movía la esperanza del éxito: me dominaba exclusivamente la necesidad de ver a aquella a quien amaba, de disfrutar de su presencia. Tocaron las once y fui a reunirme con Ellénore; me esperaba. Quiso hablar: le pedí que me escuchara. Me senté cerca de ella, porque apenas podía tenerme en pie, y proseguí en estos términos, viéndome obligado a interrumpirme a menudo:

—No he venido a protestar contra la sentencia que pronunció; no he venido a retractarme de una confesión que quizá la ofendiera: lo intentaría en vano. El amor que usted rechaza es indestructible: incluso el esfuerzo que hago en este momento para hablarle con un poco de calma demuestra la violencia de un sentimiento que la hiera. Pero no le he rogado que me escuche para hablarle de él; al contrario, quiero pedirle que lo olvide, que me reciba como antes, que aparte el recuerdo de un instante de delirio, que no me castigue por lo que sabe que es un secreto que habría debido encerrar en el fondo de mi alma. Ya conoce usted mi situación, mi carácter, que se dice que es extraño y salvaje, mi corazón, ajeno a todos los intereses mundanos, solitario entre los hombres, y que sin embargo sufre por el aislamiento al que se ve condenado. Su amistad me sostenía: no puedo vivir sin ella. Me he acostumbrado a verla; ha dejado usted que naciera y creciera esta dulce costumbre: ¿qué he hecho para perder el único consuelo de una existencia tan triste y oscura? Soy terriblemente desgraciado; no me queda valor para soportar una desdicha tan prolongada; no espero nada, no pido nada, sólo quiero verla: pero debo verla, si es necesario que viva.

Ellénore guardaba silencio.

—¿Qué teme usted? —proseguí—. ¿Qué es lo que exijo? Lo que concede a los que le son indiferentes. ¿Teme al mundo? Ese mundo, absorbido por sus solemnes frivolidades, no podrá leer en un corazón como el mío. ¿Cómo no iba a ser prudente? ¿Acaso no me va la vida en ello? Ellénore, ceda a mi súplica: le dará algo de paz. Hallará cierto encanto en ser amada así, en verme cerca de usted, ocupándome sólo de usted, existiendo sólo para usted, yo que le debo toda sensación de felicidad de la que soy todavía susceptible, arrancado por su presencia al sufrimiento y la desesperación.

Hablé largamente de este modo, apartando todas las objeciones, dando de mil formas la vuelta a todos los razonamientos que abogaban en mi favor. ¡Me sentía tan sometido, tan resignado, pedía tan poco, una negativa me habría hecho tan desgraciado!

Ellénore se emocionó. Me impuso varias condiciones. Consintió en recibirme de vez en cuando, en numerosas reuniones, si me comprometía a no hablarle nunca de amor. Le prometí lo que quiso. Ambos estábamos contentos: yo, por haber recuperado lo que había estado a punto de perder; Ellénore, por sentirse a la vez

generosa, sensible y prudente.

Al día siguiente aproveché el permiso que había obtenido: hice lo mismo en los días sucesivos. Ellénore no volvió a pensar en la necesidad de que mis visitas se espaciaran: pronto no hubo nada que le pareciera más natural que verme todos los días. Diez años de fidelidad habían inspirado al señor de P*** una absoluta confianza; concedía a Ellénore la mayor libertad. Al haber tenido que luchar contra la opinión que quería excluir a su amante del mundo en el que él estaba llamado a vivir, le gustaba ver que su círculo crecía; tener la casa llena constataba a sus ojos su propio triunfo sobre los prejuicios.

Cuando llegaba, percibía en las miradas de Ellénore una expresión de placer. Cuando se divertía en la conversación, sus ojos se volvían con naturalidad hacia mí. Si alguien contaba algo interesante, enseguida me llamaba para que lo oyera. Pero no estaba nunca sola: transcurrían veladas enteras sin que pudiera decirle nada personal, aparte de algunas palabras insignificantes o interrumpidas. Tanta restricción no tardó en irritarme. Me volví triste, taciturno, de humor desigual, amargo en mi discurso. Me costaba contenerme cuando alguien que no era yo hacía confidencias a Ellénore; interrumpía con brusquedad esas charlas. No me importaba que alguien pudiera ofenderse por ello, y no siempre me detenía el temor de comprometerla. Ella se quejó de este cambio.

—¿Qué quiere usted? —le dije con impaciencia—: sin duda cree haber hecho mucho por mí; me siento obligado a decirle que se equivoca. No logro comprender su nueva forma de ser. Usted vivía antes retirada; rehuía una compañía que la fatigaba; evitaba esas eternas conversaciones que se prolongan precisamente porque nunca debieron empezar. Actualmente, su puerta está abierta para toda la tierra. Se diría que, al pedirle que me recibiera, conseguí para todo el universo el mismo favor que para mí. Le confieso que, tras haberla visto tan prudente, no esperaba que fuera usted tan frívola.

Percibí, en los rasgos de Ellénore, una impresión de descontento y tristeza.

—Querida Ellénore —le dije, enterneciéndome de repente—, ¿no merecía que me distinguiera usted de los mil importunos que la asedian? ¿No tiene la amistad sus secretos? ¿No es asustadiza y tímida entre el ruido y el gentío?

Ellénore temía que, si se mostraba inflexible, vería renovarse las imprudencias que la alarmaban por ambos. La idea de romper ya no se le pasaba por la cabeza: consintió en recibirme a solas de vez en cuando.

Entonces se modificaron rápidamente las reglas que me había impuesto. Me permitió hablarle de mi amor; fue familiarizándose con este lenguaje: pronto me confesó que me amaba.

Pasé algunas horas a sus pies, proclamándome el más feliz de los hombres, prodigándole mil promesas de ternura, entrega y respeto eterno. Ella me explicó cuánto había sufrido intentando alejarse de mí; cuántas veces había esperado que la descubriera a pesar de sus esfuerzos; cómo el menor sonido que llegaba a sus oídos le

parecía que anunciaba mi llegada; qué turbación, qué alegría, qué temor había sentido al volver a verme; qué desconfianza hacia sí misma la había llevado, para conciliar su íntima inclinación con la prudencia, a entregarse a las distracciones mundanas y a buscar a las multitudes que antes rehuía. Yo le hacía repetir todos los detalles, y nos parecía que la historia de unas semanas era la de toda una vida. El amor sustituye la falta de recuerdos de un modo casi mágico. Todos los demás afectos necesitan el pasado: el amor crea un pasado como por encantamiento y nos rodea de él. Nos da, por así decirlo, la conciencia de haber vivido durante años con un ser que no hace mucho nos resultaba casi extraño. El amor es sólo un punto luminoso, y sin embargo parece apoderarse del tiempo. Hace unos días no existía, pronto dejará de existir; pero, mientras existe, expande su luz tanto sobre la época que lo ha precedido como sobre la que debe seguirlo.

No obstante, la calma duró muy poco. Ellénore estaba en guardia contra su debilidad porque se veía perseguida por el recuerdo de sus faltas: y mi imaginación, mis deseos, una gran fatuidad de la que yo mismo no me daba cuenta, se rebelaban contra ese amor. Siempre tímido, a menudo irritado, me quejaba, me enfurecía, abrumaba a Ellénore con mis reproches. Más de una vez pensó en romper un lazo que sólo daba a su vida inquietud y tormento; más de una vez la tranquilicé con mis súplicas, arrepentimientos y llantos.

«Ellénore —le escribí un día—, no sabéis cuánto llego a sufrir. Cerca de vos, lejos de vos, soy siempre desgraciado. Durante las horas que nos separan vago al azar, doblegado por el peso de una existencia que no sé cómo soportar. La compañía me molesta, la soledad me abruma. Los indiferentes que me observan, que no saben nada de lo que me preocupa, que me miran con una curiosidad desprovista de interés, con un asombro desprovisto de compasión, los hombres que se atreven a hablarme de algo que tiene que ver con vos, me hacen sentir un dolor mortal. Los rehúyo; a solas, sin embargo, busco en vano un poco de aire que penetre en mi pecho oprimido. Me lanzo contra la tierra que debería entreabrirse para tragármeme para siempre; pongo la cabeza sobre la fría piedra que debería calmar la fiebre ardiente que me devora. Me arrastro hacia la colina desde la que se distingue su casa; me quedo allí, con los ojos clavados en ese refugio en el que no viviré nunca con vos. ¡Si os hubiera hallado antes, habríais podido ser mía! ¡Habría estrechado entre mis brazos a la única criatura que la naturaleza ha podido crear para mi corazón, para este corazón que ha sufrido tanto porque os buscaba y que no os ha encontrado hasta que ya era tarde! Cuando por fin esas horas de delirio pasan, cuando llega el momento en que puedo veros, tomo temblando el camino a su casa. Temo que todos aquellos con los que me cruzo adivinen los sentimientos que llevo conmigo; me detengo; camino a paso lento: retraso el instante de la felicidad, de esta felicidad a la que todo amenaza, que creo siempre estar a punto de perder; felicidad imperfecta y atormentada, contra la que conspiran quizá cada minuto los acontecimientos funestos, las miradas celosas, los caprichos tiránicos y vuestra propia voluntad. Cuando llego al umbral de su puerta,

cuando la entreabro, un nuevo terror se apodera de mí: me acerco como un culpable, pidiendo perdón a todos los objetos que golpean mi vista, como si todos ellos fueran enemigos, como si todos envidiaran la hora de felicidad que me dispongo a disfrutar. El menor ruido me asusta, el menor movimiento me espanta, incluso el sonido de mis pasos me hace retroceder. Estando ya cerca de vos, sigo temiendo que algún obstáculo se interponga de repente entre usted y yo. Finalmente os veo, os veo y respiro, y os contemplo y me detengo, como el fugitivo que pisa el suelo protector que debe salvarlo de la muerte. Pero en ese mismo momento, cuando todo mi ser se precipita hacia vos, cuando tendría tanta necesidad de descansar de todas mis angustias, de poner la cabeza en vuestras rodillas, de dar libre curso a mis lágrimas, debo reprimirme violentamente, porque incluso a vuestro lado sigo viviendo una vida de sacrificio: ¡ni un momento de desahogo!, ¡ni un momento de abandono! Vuestras miradas me observan. Os sentís turbada, casi ofendida por mi desazón. No sé qué malestar ha sucedido a esas horas deliciosas en las que al menos me confesabais vuestro amor. El tiempo vuela, nuevos intereses os reclaman: no los olvidáis nunca; nunca retrasáis el instante que me aleja. Llegan extraños: ya no se me permite miraros; siento que es necesario que huya para sustraerme a las sospechas que me rodean. Os dejo más agitado, más desgarrado, más desquiciado que antes; os dejo y recaigo en el espantoso aislamiento en el que me debato sin encontrar a un solo ser en el que pueda apoyarme para descansar un momento».

Ellénore nunca había sido amada de este modo. El señor de P*** le tenía verdadero afecto, sentía un gran agradecimiento por su abnegación, un gran respeto por su carácter; pero en su actitud había siempre un matiz de superioridad respecto a una mujer que se le había entregado públicamente sin que él se hubiera casado con ella. Habría podido unírsele con unos lazos más honrosos, más acordes con la opinión general: no es que él se lo dijera, puede que no se lo dijera ni a sí mismo; pero lo que no se dice no deja por ello de existir, y todo lo que es se adivina. Ellénore no había conocido hasta entonces un sentimiento tan apasionado, una existencia tan perdida en la suya, de lo que incluso mis enfados, mis injusticias y mis reproches no eran sino las pruebas más irrefragables. Su resistencia había exaltado todas mis sensaciones, todas mis ideas: pasaba de los arrebatos que la horrorizaban a una sumisión, una ternura, una veneración idólatra. La tenía por una criatura celeste. Mi amor incluía algo de culto, y tenía más encanto para ella en la medida en que temía sin cesar verse humillada por todo lo contrario. Finalmente se entregó entera.

¡Ay del hombre que, en los primeros momentos de una relación amorosa, no cree que esa relación deba ser eterna! ¡Ay del que, estando todavía en los brazos de la amante a la que acaba de conquistar, conserva una presciencia funesta y prevé que podrá separarse de ella! Una mujer que se deja llevar por el corazón tiene en ese momento algo conmovedor y sagrado. No es el placer, no es la naturaleza, no son los sentidos los corruptores; lo son los cálculos a que la sociedad nos habitúa y las reflexiones que la experiencia engendra. Amé, respeté mil veces más a Ellénore

después de que se entregara. Caminé con orgullo entre los hombres; paseé sobre ellos una mirada dominante. El aire que respiraba era un disfrute por sí mismo. Me precipitaba ante la naturaleza para agradecerle el inesperado beneficio, el beneficio inmenso que se había dignado concederme.

Capítulo IV

¡Maravilla del amor, quién pudiera describirte! El convencimiento de que hemos encontrado al ser que la naturaleza nos había destinado, el repentino amanecer que inunda la vida y nos parece que explica su misterio, el valor desconocido que va ligado a las menores circunstancias, las horas rápidas, cuyos detalles escapan al recuerdo por su misma dulzura y que sólo dejan en nuestra alma un gran rastro de felicidad, la alegría juguetona que a veces se mezcla sin motivo a la habitual ternura, tanto placer en la presencia, y en la ausencia tanta esperanza, el desapego hacia todas las cuitas vulgares, la superioridad hacia todo lo que nos rodea, la certeza de que el mundo ya no puede llegar hasta el lugar en que vivimos, la inteligencia mutua que adivina cada pensamiento y responde a cada emoción, ¡maravilla del amor, quien te ha conocido no es capaz de describirte!

El señor de P*** se vio obligado, a causa de asuntos urgentes, a ausentarse durante seis semanas. Pasé este tiempo en casa de Ellénore casi sin interrupción. Su cariño parecía haber aumentado a causa del sacrificio que había hecho por mí. Nunca me dejaba separarme de ella sin intentar retenerme. Cuando salía, me preguntaba cuándo volvería. Dos horas de separación le resultaban insoportables. Fijaba con inquieta precisión el momento de mi regreso. Yo lo consentía con alegría; me sentía agradecido, feliz, por el sentimiento que me demostraba. Sin embargo, los intereses de la vida corriente no se dejan plegar arbitrariamente a todos nuestros deseos. A veces me resultaba incómodo que todos mis pasos estuvieran señalados de antemano, contados todos mis instantes. Me veía obligado a precipitar todas las gestiones, a romper la mayoría de mis relaciones. No sabía qué responder a mis conocidos cuando se me proponía alguna diversión que en una situación normal no habría tenido ningún motivo para rechazar. Junto a Ellénore no echaba de menos los placeres sociales, por los que nunca había sentido demasiado interés, pero habría querido que me permitiera renunciar a ellos más libremente. Habría experimentado más alegría si hubiera vuelto a su lado por propia voluntad, sin decirme que había llegado la hora, que ella me esperaba con ansiedad, y sin que la idea de su tristeza viniera a mezclarse con la de la felicidad de que iba a disfrutar al verla de nuevo. Ellénore era sin duda un vivo placer en mi existencia, pero ya no era un objetivo: se había convertido en una atadura. Temía, por otra parte, comprometerla. Mi presencia continua debía de sorprender a sus criados y a sus hijos, que podían observarme. La sola idea de alterar su existencia me hacía temblar. Sentía que no podíamos estar unidos para siempre y que era para mí un deber sagrado respetar su tranquilidad: así pues, le daba prudentes consejos a la vez que le demostraba mi amor. Pero cuantos más consejos de este tipo le daba, menos dispuesta a escucharme parecía. Al mismo tiempo, temía horriblemente afligirla. En cuanto veía en su rostro una expresión de dolor, su voluntad se convertía en la mía: sólo me sentía bien si estaba satisfecha de mí. Cuando, tras insistir en la necesidad de alejarme unos instantes, conseguía dejarla, la imagen de la tristeza que

le había causado me seguía por todas partes. Me invadía una fiebre de remordimientos que se redoblaba a cada minuto y se hacía finalmente irresistible; volaba hacia ella, me alegraba pensar en consolarla, tranquilizarla. Pero a medida que me acercaba a su casa, el rencor contra este extraño imperio se mezclaba con los otros sentimientos. La misma Ellénore se mostraba violenta. Sé que sentía por mí lo que no había sentido por nadie. En sus precedentes relaciones, su corazón había sido vejado por una penosa dependencia; conmigo estaba perfectamente cómoda, porque nos situábamos en perfecta igualdad; ella se había elevado a sus propios ojos gracias a un amor libre de cálculo y de interés: ella sabía que yo estaba seguro de que sólo me amaba por mí mismo. Pero de su completo abandono conmigo se derivaba que no me ocultara ninguna de sus emociones; y cuando regresaba a su habitación, disgustado por hacerlo más pronto de lo que habría querido, la hallaba triste o irritada. Había sufrido lejos de ella durante dos horas por la idea de que ella sufría lejos de mí: sufría durante dos horas cuando estaba a su lado antes de conseguir tranquilizarla.

Sin embargo, no era desgraciado; me decía que era agradable ser amado, aunque fuera con exigencia; sentía que yo le hacía bien; su felicidad me era necesaria y sabía que yo era necesario para su felicidad.

Por otra parte, la idea confusa de que, por la propia naturaleza de las cosas, la relación no podía durar, una idea que era triste bajo muchos aspectos, servía en cualquier caso para calmarme en mis accesos de fastidio o de impaciencia. Los lazos que unían a Ellénore con el conde de P***, la desproporción de nuestras edades, nuestra distinta situación, mi partida, que diversas circunstancias habían retrasado pero que pronto sería inaplazable, todas estas consideraciones me llevaban a seguir dando y recibiendo el máximo de felicidad posible: creía estar seguro de los años, no disputaba por los días.

El conde de P*** regresó. No tardó en sospechar mis relaciones con Ellénore; cada día lo hallaba más frío y taciturno. Hablé enseguida con Ellénore de los riesgos que ella corría; le supliqué que me permitiera interrumpir mis visitas durante unos días; le hablé de lo que interesaba a su reputación, su fortuna, sus hijos. Me escuchó largamente en silencio; estaba pálida como la muerte.

—Sea como fuere —me dijo al fin—, os iréis pronto; no adelantemos ese momento; no os preocupéis por mí. Ganemos unos días, ganemos unas horas: unos días, unas horas, no necesito más. No sé qué presentimiento me dice, Adolphe, que moriré en vuestros brazos.

Así pues, seguimos viviendo como antes, yo siempre inquieto, Ellénore siempre triste, el conde de P*** taciturno y preocupado. Finalmente llegó la carta que esperaba: mi padre me ordenaba reunirme con él. Enseñé la carta a Ellénore.

—¡Tan pronto! —me dijo después de leerla—; no creí que faltara tan poco. — Después, deshecha en lágrimas, me cogió de la mano y me dijo—: Adolphe, ya veis que no puedo vivir sin vos; no sé qué será de mí, pero os ruego que no os vayáis

todavía: buscad pretextos para quedaros. Pedid a vuestro padre que os deje prolongar la estancia aquí seis meses más. ¿Puede decirse que seis meses sea mucho tiempo?

Quise oponerme a su resolución; pero lloraba tan amargamente, temblaba de tal modo, sus rasgos revelaban un sufrimiento tan desgarrador, que no pude continuar. Me lancé a sus pies, la estreché entre mis brazos, le hice promesas de amor y salí para escribir a mi padre. Lo hice, en efecto, bajo los efectos de la emoción que me había causado el dolor de Ellénore. Alegué mil motivos para el retraso; mencioné la conveniencia de seguir en D*** algunas clases a las que no había podido asistir en Gotinga; y cuando envié la carta al correo deseaba con ardor obtener el consentimiento que solicitaba.

Regresé a casa de Ellénore a última hora de la tarde. Estaba sentada en un sofá; el conde de P*** estaba cerca de la chimenea, bastante lejos de ella; los dos niños estaban en un rincón, sin jugar, y en su cara se veía el asombro de la infancia que observa una agitación cuya causa no sospecha. Informé a Ellénore con un gesto de que había hecho lo que quería. Un destello de alegría brilló en sus ojos, pero no tardó en desaparecer. No decíamos nada. El silencio nos resultaba molesto a los tres.

—Me aseguran, señor —me dijo finalmente el conde—, que está usted a punto de partir.

Le respondí que lo ignoraba.

—Me parece —replicó— que, a su edad, no debe tardarse en emprender una profesión: por otra parte —añadió mirando a Ellénore—, quizá no todo el mundo piense como yo.

La respuesta de mi padre no se hizo esperar. Temblaba, mientras la abría, del dolor que una negativa causaría a Ellénore. Incluso me pareció que lo habría compartido con una amargura semejante a la suya; sin embargo, al leer el consentimiento que me concedía, acudieron de golpe a mi pensamiento todos los inconvenientes que implicaba prolongar mi estancia.

«Seis meses más de incomodidad y de exigencia —grité—, seis meses durante los que ofendo al hombre que me había ofrecido su amistad, pongo en peligro a una mujer que me ama, corro el riesgo de arrebatarle la única situación en que le es posible vivir tranquila y respetada, engaño a mi padre; ¿y para qué? ¡Para no enfrentarme ni un momento a un dolor que, tarde o temprano, será inevitable! ¿No experimentamos este dolor cada día, a granel, gota a gota? A Ellénore sólo le hago daño; mi sentimiento, tal como es, no puede satisfacerla. Me sacrifico por ella, por su felicidad, sin conseguir nada; y yo vivo aquí sin utilidad, sin independencia, sin tener un momento libre, sin poder respirar una hora en paz».

Volví a casa de Ellénore absorto en estas reflexiones. La encontré sola.

—Me quedo seis meses más —le dije.

—Me lo anunciáis muy secamente.

—Porque temo mucho, lo confieso, las consecuencias que este retraso puede tener para ambos.

—Me parece que al menos para vos no pueden resultar demasiado molestas.

—Sabéis muy bien, Ellénore, que no es por mí por quien más me preocupo.

—Pues tampoco es que os preocupe la felicidad de los demás.

La conversación había tomado una dirección tormentosa. Ellénore se sentía herida por mis prevenciones en una circunstancia en la que creía que debía compartir su alegría: yo también, a causa de su victoria sobre mis precedentes resoluciones. La escena se hizo violenta. Explotamos en reproches mutuos. Ellénore me acusó de haberla engañado, de haber sido para mí un capricho pasajero, de haberle enajenado el afecto del conde, de haberla devuelto, a los ojos del mundo, a la situación equívoca de la que toda la vida había intentado salir. Me irritó ver que volvía en mi contra lo que sólo había hecho por obediencia hacia ella y por temor a afligirla. Me lamenté de la exigencia en que vivía, de mi juventud consumida en la inacción, del despotismo que ejercía sobre todas mis actividades. Mientras hablaba de este modo, vi que de repente la cara se le cubría de lágrimas: me detuve, rectifiqué, me retracté, me expliqué. Nos abrazamos: pero habíamos dado el primer golpe, habíamos franqueado la primera barrera. Ambos habíamos pronunciado palabras irreparables; podíamos callar, pero no olvidarlas. Hay cosas que uno no dice durante largo tiempo, pero una vez están dichas, no deja nunca de repetir las.

Así pues, vivimos durante cuatro meses unas relaciones forzadas, a veces amables, nunca completamente libres; todavía encontrábamos placer en ellas, pero ya no hallábamos encanto. Ellénore, sin embargo, no se apartaba de mí. Tras nuestras más feroces disputas, sentía la misma urgencia por volverme a ver, fijaba la hora de nuestras entrevistas con tanto cuidado como si nuestra unión hubiera sido la más apacible y tierna. He pensado a menudo que mi propia conducta contribuía a hacer que Ellénore mantuviera esta actitud. Si yo la hubiera amado como ella me amaba, se habría sentido más tranquila; ella misma habría reflexionado sobre los peligros a los que se enfrentaba. Pero cualquier clase de prudencia le resultaba odiosa, porque la prudencia venía de mí; no calculaba en absoluto sus sacrificios, porque estaba ocupada por entero en hacérmelos aceptar; no tenía tiempo de enfriarse conmigo, porque empleaba todo su tiempo y todas sus fuerzas en conservarme. Se acercaba la nueva fecha de mi partida; y yo experimentaba, al pensar en ello, una mezcla de placer y pesar: como lo que siente un hombre que debe lograr una curación segura por medio de una dolorosa operación.

Una mañana, Ellénore me escribió que fuera a su casa al momento.

—El conde —me dijo— me prohíbe recibirlos: no quiero en ningún caso obedecer esta orden tiránica. Seguí a este hombre cuando era un proscrito, salvé su fortuna; lo he servido en todos sus intereses. Ahora puede prescindir de mí; yo no puedo prescindir de vos.

Es fácil adivinar cuánto insistí para que renunciara a un proyecto que no me entraba en la cabeza. Le hablé de lo que diría la gente:

—La gente —me respondió— no ha sido nunca justa conmigo. Durante diez años

he cumplido mis deberes mejor que cualquier mujer, y esta gente no ha dejado por ello de negarme el rango que merecía.

Le hice pensar en sus hijos.

—Mis hijos son del señor de P***. Los ha reconocido: cuidará de ellos. Al fin y al cabo, se felicitarán de olvidar a una madre con la que sólo pueden compartir la vergüenza.

Redoblé mis ruegos.

—Escuchad —me dijo—; si rompo mi relación con el conde, ¿os negaréis a verme? ¿Lo haréis? —prosiguió mientras me agarraba el brazo con tal violencia que me estremecí.

—No, desde luego —le respondí—; y cuanto más desgraciada seáis, más entregado me veréis. Pero tened en cuenta...

—No hay nada que tener en cuenta —me interrumpió—. Va a regresar, marchaos; no volváis aquí.

Pasé el resto del día con una angustia inexpresable. Transcurrieron otros dos sin que supiera nada de Ellénore. Ignorar su suerte me hacía sufrir; también sufría por no verla, y me asombraba la tristeza que me causaba esta privación. No obstante, deseaba que hubiera renunciado a la resolución que tanto me hacía temer por ella, y empezaba a pensar que lo había hecho cuando una mujer me trajo una nota en la que Ellénore me rogaba que fuera a verla en la calle tal, en tal casa, en el tercer piso. Mientras corría hacia allí seguía confiando en que, como no podía recibirme en casa del señor de P***, hubiera querido que nos viéramos en otra parte por última vez. La encontré tomando las disposiciones necesarias para una permanencia estable. Se acercó a mí, a la vez contenta y tímida, intentando adivinar cómo me lo tomaría.

—Todo se ha roto —me dijo—, soy perfectamente libre. Dispongo de setenta y cinco luises de renta de mi fortuna particular, esa cantidad me basta. Permaneceréis aquí seis semanas más. Cuando os marchéis, quizá pueda acercarme hasta donde estéis; quizá vos vengáis a verme.

Y, como si temiera mi respuesta, se enzarzó en un montón de detalles relativos a sus proyectos. Intentó de mil maneras persuadirme de que sería feliz; de que no había sacrificado nada por mí; de que la decisión que había tomado le convenía, independientemente de mí. Estaba claro que hacía un gran esfuerzo y que sólo creía a medias lo que me decía. Se aturdí con sus palabras por miedo a oír las mías; prolongaba su discurso con energía para retrasar el momento en que mis objeciones volverían a hundirla en la desesperación. No fui capaz de poner ninguna. Acepté su sacrificio, se lo agradecí; le dije que me sentía feliz por lo que había hecho: le dije más aún; le aseguré que siempre había deseado que una determinación irreparable convirtiera en un deber para mí no dejarla nunca; atribuí mis indecisiones a la delicadeza que me impedía admitir lo que trastornaba su situación. No tuve, en una palabra, otro pensamiento que alejar de ella la tristeza, el temor, el pesar, la incertidumbre respecto a mis sentimientos. Mientras le hablaba sólo tenía ese

objetivo, y era sincero en mis promesas.

Capítulo V

La separación de Ellénore y el conde de P*** tuvo en la gente un efecto que no era difícil de prever. Ellénore perdió en un instante el fruto de diez años de entrega y constancia: se la confundió con todas las mujeres de su clase que se entregan sin escrúpulos a mil caprichos sucesivos. Que abandonara a sus hijos hizo que fuera considerada una madre desnaturalizada: y las mujeres de reputación irreprochable repitieron con satisfacción que el olvido de la virtud más esencial de su sexo se extendía con rapidez a todas las demás. Al mismo tiempo la compadecían para no perderse el placer de censurarme. Se vio en mi conducta la de un seductor, un ingrato, que había violado la hospitalidad y había sacrificado, para satisfacer una fantasía momentánea, la tranquilidad de dos personas, cuando habría tenido que respetar a una y tratar con consideración a la otra. Algunos amigos de mi padre me dirigieron serias reconvenciones; otros, menos francos conmigo, me expresaron su desaprobación por medio de indirectas. Los jóvenes, al contrario, se mostraron encantados por la habilidad con que había suplantado al conde; y con mil bromas que yo intentaba en vano reprimir, me felicitaron por mi conquista y prometieron imitarme. No soy capaz de describir lo que tuve que sufrir a causa de las severas censuras y los vergonzosos elogios. Estoy convencido de que, si hubiera sentido amor por Ellénore, habría corregido aquellas opiniones sobre ella y sobre mí. Es tal la fuerza de un sentimiento verdadero que, cuando habla, las interpretaciones falsas y las conveniencias facticias callan. Pero yo no era más que un hombre débil, agradecido y dominado; no me guiaba ningún impulso salido del corazón. Así, me sentía turbado; intentaba poner fin a la conversación; y si se prolongaba, la terminaba con aspereza, y mis palabras anunciaban a los demás que me disponía a iniciar una disputa. En efecto, habría preferido batirme con ellos que responderles.

Ellénore no tardó en darse cuenta de que la opinión general se alzaba contra ella. Dos parientas del señor de P***, a las que el ascendiente de este había obligado a relacionarse con ella, hicieron un gran escándalo con la ruptura; se sentían felices de poder entregarse a su malevolencia, largamente contenida bajo los austeros principios de la moral. Los hombres siguieron viendo a Ellénore; pero en su tono se introdujo cierta familiaridad que revelaba que ya no la apoyaba un protector poderoso, ni la justificaba una unión casi consagrada. Unos acudían a su casa porque, decían, la conocían desde siempre; otros, porque todavía era guapa y su reciente ligereza los llevaba a tener unas pretensiones que no intentaban disimular. Todos se disculpaban de su relación con ella; es decir, todos pensaban que esa relación necesitaba una excusa. De este modo, la desdichada Ellénore se veía hundida para siempre en el estado del que toda la vida había intentado salir. Todo contribuía a lastimar su alma y a herir su orgullo. Interpretaba el abandono de unos como una prueba de desprecio y la asiduidad de otros como el indicio de una esperanza insultante. Sufría por la soledad, la avergonzaba la compañía. ¡Ah!, sin duda habría debido consolarla, habría

debido estrecharla contra mi corazón, decirle: «Vivamos el uno para el otro, olvidemos a los que nos juzgan mal, seamos felices con nuestro aprecio y con nuestro amor»; llegué a intentarlo; pero ¿qué poder tiene, para reanimar un sentimiento que se apaga, una medida que se toma por obligación?

Ellénore y yo disimulábamos el uno ante el otro. Ella no se atrevía a confiarme sus penas, resultado de un sacrificio que sabía muy bien que no le había pedido. Yo había aceptado el sacrificio: no me atrevía a lamentarme de una desgracia que había previsto y no había sido capaz de evitar. Por lo tanto, callábamos el único pensamiento que nos preocupaba constantemente. Nos acariciábamos, hablábamos de amor; pero hablábamos de amor temiendo hacerlo de otra cosa.

Desde el momento en que existe un secreto entre dos corazones que se aman, desde el momento en que uno ha podido decidirse a esconder al otro una sola idea, el encanto se rompe, la felicidad se destruye. Los accesos de cólera, la injusticia, incluso la distracción, tienen remedio; pero el disimulo introduce en el amor un elemento extraño que lo desnaturaliza y lo marchita ante sus propios ojos.

Debido a una extraña inconsecuencia, mientras rechazaba con la indignación más violenta la menor insinuación contra Ellénore, yo mismo contribuía a perjudicarla en mis conversaciones en público. Me había sometido a su voluntad, pero había tomado horror al imperio de las mujeres. No cesaba de perorar contra su debilidad, su exigencia, el despotismo de su dolor. Alardeaba de los más duros principios; y el mismo hombre que no podía soportar una lágrima, que cedía ante la muda tristeza, que se veía perseguido en la ausencia por la imagen del sufrimiento que había causado, se mostraba, en todos sus discursos, despectivo y despiadado. Ninguno de los elogios directos con que me refería a Ellénore destruía la impresión que causaban tales declaraciones. Me odiaban, la compadecían, pero no la apreciaban. Le reprochaban no haber inspirado en su amante más consideración hacia su sexo y más respeto por los lazos del corazón.

Un hombre que acudía habitualmente a casa de Ellénore y que, después de su ruptura con el conde de P***, le había manifestado la más ardiente pasión, forzándola con sus indiscretas persecuciones a no volver a recibirlo, se permitió hacer contra ella unas bromas ultrajantes que me pareció imposible soportar. Nos batimos; lo herí gravemente, yo también resulté herido. No puedo describir la mezcla de turbación, terror, agradecimiento y amor que se dibujó en los rasgos de Ellénore cuando volvió a verme tras este incidente. Se instaló en mi casa, a pesar de mis ruegos; no me dejó ni un instante hasta que estuve convaleciente. Me leía durante el día, me velaba la mayor parte de las noches; observaba mis menores movimientos, se adelantaba a cada uno de mis deseos; su ingeniosa bondad multiplicaba sus facultades y doblaba sus fuerzas. Me aseguraba sin cesar que no me habría sobrevivido; yo estaba inundado de afecto, desgarrado por los remordimientos. Habría querido encontrar en mí el modo de recompensar un cariño tan constante y tan tierno; recurría a los recuerdos, a la imaginación, incluso a la razón, al sentimiento del deber: ¡inútiles esfuerzos! La

dificultad de la situación, la certidumbre de que el futuro debía separarnos, quizá no sé qué rebelión contra un lazo que me era imposible romper, me devoraban interiormente. Me reprochaba la ingratitud que me esforzaba en ocultarle. Me afligía cuando parecía que dudaba de un amor que le era tan necesario; no me afligía menos cuando parecía creer en él. Sentía que era mejor que yo; me despreciaba por ser indigno de ella. Es una horrible desgracia no ser amado cuando se ama; pero también lo es, y grande, ser amado con pasión cuando ya no se ama. Habría dado mil veces la vida que acababa de arriesgar por Ellénore porque fuera feliz sin mí.

Los seis meses que mi padre me concediera habían expirado; hube que pensar en la partida. Ellénore no se opuso en ningún momento a mi marcha, ni siquiera intentó retrasarla; pero me hizo prometer que al cabo de dos meses volvería a su lado, o que le permitiría reunirse conmigo; se lo juré solemnemente. Viéndola luchar consigo misma y reprimir su dolor, ¿qué compromiso no habría aceptado? Habría podido exigirme que no la dejara; en el fondo de mi alma sabía que no habría desobedecido a sus lágrimas. Le agradecía que no ejerciera su poder; me parecía amarla más por ello. Yo mismo, por otra parte, no me separaba sin un gran pesar de un ser que se dedicaba a mí tan exclusivamente. ¡Hay, en las relaciones que se prolongan, algo tan profundo! ¡Se convierten, sin que nos demos cuenta, en una parte tan íntima de nuestra existencia! De lejos, con calma, nos hacemos el propósito de romperlas; creemos aguardar con impaciencia el momento de realizarlo: pero cuando llega el día, nos llena de terror; y es tal la extravagancia de nuestro miserable corazón, que dejamos con un desgarramiento horrible a aquellos junto a los cuales permanecíamos sin placer.

Durante mi ausencia, escribí regularmente a Ellénore. Me sentía dividido entre el temor de que mis cartas le causaran dolor y el deseo de limitarme a describirle el sentimiento que experimentaba. Habría querido que me adivinara, pero que lo hiciera sin afligirse; me felicitaba cuando conseguía sustituir la palabra amor con las de afecto, amistad, dedicación; pero de repente imaginaba a la pobre Ellénore triste y aislada, con mis cartas como único consuelo; y al final de dos páginas frías y medidas, añadía rápidamente algunas frases ardientes o tiernas, adecuadas para volver a engañarla. De este modo, sin decir nunca lo bastante para satisfacerla, siempre decía lo bastante para embaucarla. ¡Extraña falsedad cuyo mismo éxito se volvía contra mí, prolongaba mi angustia y se me hacía insoportable!

Contaba con inquietud los días, las horas que pasaban; con el deseo hacía más lento el paso del tiempo; temblaba al ver que se aproximaba el momento de cumplir mi promesa. No veía modo alguno de irme. Tampoco lo hallaba para que Ellénore pudiera instalarse en la misma ciudad que yo. Puede, debo ser sincero, puede que no lo deseara. Comparaba mi vida independiente y tranquila con la vida de precipitación, trastorno y tormento a la que su pasión me condenaba. ¡Me sentía tan bien siendo libre, yendo, viniendo, saliendo, entrando, sin que a nadie le importara! Descansaba, por así decirlo, en la indiferencia de los demás de la fatiga de su amor.

No obstante, no me atreví a dejar que Ellénore sospechara que habría querido renunciar a nuestros proyectos. Había comprendido por mis cartas que me sería difícil dejar a mi padre; me escribió que empezaba, en consecuencia, los preparativos para venir. Estuve largo tiempo sin oponerme a su resolución; no le respondí nada concreto sobre el tema. Le indiqué vagamente que estaría siempre encantado de saber que era, y entonces añadía, de hacerla feliz: ¡tristes equívocos, lenguaje embrollado que me hacía gemir al verlo tan oscuro y que me horrorizaba hacer más claro! Por fin decidí hablarle con franqueza; me dije que era mi obligación; erigí mi conciencia contra mi debilidad; me fortalecí con la idea de su tranquilidad contra la imagen de su dolor. Me paseaba decidido por la habitación e iba recitando en voz alta todo lo que me proponía decirle. Pero apenas hube trazado unas líneas, mi predisposición cambió: ya no consideraba mis palabras por el sentido que debían contener, sino por el efecto que no podían dejar de producir; y como si un poder sobrenatural dirigiera mi mano, dominada a mi pesar, me limité a aconsejarle que esperara unos meses. No había dicho lo que pensaba. En mi carta no había ni un ápice de sinceridad. Los razonamientos que aducía eran débiles, porque no eran los verdaderos.

La respuesta de Ellénore fue impetuosa: la indignaba mi deseo de no verla. ¿Qué era lo que me pedía? Vivir en el anonimato cerca de mí. ¿Qué podía temer por su presencia en un retiro ignorado, en una gran ciudad donde nadie la conocía? Lo había sacrificado todo por mí, fortuna, hijos, reputación; no exigía otro pago por sus sacrificios que esperarme como una humilde esclava, pasar cada día unos minutos conmigo, disfrutar de los momentos que yo pudiera darle. Se había resignado a dos meses de ausencia, no porque esta le pareciera necesaria, sino porque yo parecía desearla; y cuando había conseguido llegar, apilando penosamente unos días sobre otros, al término que yo mismo había fijado, ¡le proponía volver a empezar el largo suplicio! Podía haberse equivocado, podía haber dado su vida a un hombre duro y árido; era dueño de mis actos; pero no lo era de obligarla a sufrir, desamparada por aquel por quien lo había inmolado todo.

Ellénore llegó poco después que la carta; me informó de su llegada. Fui a su casa con la firme resolución de demostrarle una gran alegría; estaba impaciente por tranquilizarla y procurarle, al menos momentáneamente, felicidad o calma. Pero se sentía herida; me examinaba con desconfianza: enseguida descubrió mis esfuerzos; irritó mi orgullo con sus reproches; insultó mi carácter. Me describió tan miserable en mi debilidad que hizo revolverme contra ella más que contra mí. Un furor insensato se apoderó de nosotros: renunciamos a cualquier consideración, olvidamos cualquier delicadeza. Se habría dicho que las furias nos empujaban el uno contra la otra. Todo lo que el odio más implacable había inventado contra nosotros, nos lo decíamos mutuamente: y esos dos seres desgraciados, los únicos que se conocían sobre la tierra, los únicos que podían hacerse justicia, comprenderse y consolarse, parecían dos enemigos irreconciliables, empeñados en destrozarse.

Nos separamos tras una escena de tres horas; y, por primera vez en la vida, nos

separamos sin darnos explicaciones, sin reconciliarnos. Apenas me alejé de Ellénore, un dolor profundo reemplazó a la cólera. Me hundí en una especie de estupor, completamente aturdido por lo que había pasado. Me repetía mis palabras con incredulidad; no podía comprender mi conducta; buscaba en mí mismo lo que había podido perderme.

Era muy tarde; no me atreví a volver a casa de Ellénore. Me prometí verla a primera hora de la mañana siguiente y regresé a casa de mi padre. Había mucha gente; me resultó fácil, en una reunión numerosa, mantenerme apartado y disimular mi turbación. Cuando nos quedamos solos, me dijo:

—Me aseguran que la antigua amante del conde de P*** está en la ciudad. Te he dado siempre gran libertad y nunca he querido saber nada de tus aventuras, pero no te conviene, a tu edad, tener una amante declarada; y te advierto que he tomado medidas para que se aleje de aquí.

Dicho esto, me dejó. Lo seguí hasta su habitación; me indicó que me retirara.

—Padre —le dije—, Dios es testigo de que yo no he hecho venir a Ellénore; Dios es testigo de que querría que fuera feliz y de que a ese precio consentiría en no volver a verla: pero tenga cuidado con lo que hace; creyendo separarme de ella, muy bien podría estarme atando a ella para siempre.

Hice que acudiera inmediatamente a mi habitación un ayuda de cámara que me había acompañado en mis viajes y que conocía mis relaciones con Ellénore. Le encargué que descubriera al instante, si era posible, cuáles eran las medidas de las que me había hablado mi padre. Regresó al cabo de dos horas. El secretario de mi padre le había confiado, después de prometerle que guardaría el secreto, que Ellénore recibiría al día siguiente la orden de marcharse.

—¡Ellénore, expulsada! —grité—, ¡expulsada con oprobio! ¡Ella, que ha venido aquí sólo por mí, a quien he destrozado el corazón y a quien he visto derramar lágrimas sin compadecerme de ella! ¿Dónde podría descansar, la infortunada, errante y sola en un mundo cuya estima le he arrebatado? ¿A quién hablaría de su dolor?

Me decidí rápidamente. Me gané al hombre que me servía; lo llené de oro y de promesas. Encargué que una silla de posta me esperara a las seis de la mañana a las puertas de la ciudad. Hice mil proyectos para mi reunión eterna con Ellénore: la amaba más de lo que la había amado nunca; todo mi corazón había vuelto a ella; estaba orgulloso de protegerla. Me sentía ávido de tenerla entre mis brazos; el amor había entrado por completo en mi alma; experimentaba una fiebre en mi mente, en el corazón, de los sentidos, que trastornaba mi existencia. Si en aquel momento Ellénore hubiera querido deshacerse de mí, habría muerto a sus pies para retenerla.

Amaneció; corrí a casa de Ellénore. Estaba acostada, pues se había pasado la noche llorando; todavía tenía los ojos húmedos y el cabello en desorden; se sorprendió al verme entrar.

—Ven —le dije—, vámonos.

Ella intentó decir algo.

—Vámonos —repetí—: ¿tienes en el mundo otro protector, otro amigo aparte de mí? ¿No son mis brazos tu único asilo?

Ella se resistía.

—Tengo importantes motivos —añadí—, motivos personales. En nombre de Dios, sígueme.

La obligué a acompañarme. Por el camino la abrumaba con mis caricias, la estrechaba contra mi corazón, respondía a sus preguntas con abrazos. Finalmente le dije que, al darme cuenta de que mi padre tenía intención de separarnos, había sabido que no podría ser feliz sin ella, que quería consagrarle mi vida y que nos uniéramos con toda clase de lazos. Al principio su agradecimiento fue extremo, pero enseguida percibió contradicciones en lo que le contaba. Después de mucho insistir, me arrancó la verdad; su alegría desapareció, una nube oscura le cubrió la cara.

—Adolphe —me dijo—, os equivocáis sobre vos mismo; sois generoso, os entregáis a mí porque me persiguen; creéis sentir amor y sólo sentís compasión.

¿Por qué pronunció aquellas palabras funestas? ¿Por qué me reveló un secreto que quería ignorar? Me esforcé por tranquilizarla, puede que lo consiguiera; pero la verdad había atravesado mi alma: el sentimiento había sido destruido; estaba decidido a sacrificarme, pero ya no me hacía feliz; y volvía a haber en mí una idea que estaba obligado a esconder.

Capítulo VI

Cuando llegamos a la frontera escribí a mi padre. Mi carta fue respetuosa, pero contenía un fondo de amargura. No podía agradecerle que hubiera apretado mis lazos al pretender romperlos. Le anuncié que no dejaría a Ellénore hasta que estuviera convenientemente establecida y ya no me necesitara. Le rogué que no me forzara, al perseguirla, a quedar unido a ella para siempre. Esperé su respuesta para tomar una decisión respecto al lugar donde debíamos instalarnos.

«Tienes veinticuatro años —me respondió—: no ejerceré sobre ti una autoridad que llega a su término y de la que nunca he hecho uso; incluso ocultaré, mientras pueda, tu extraña actuación; haré correr el rumor de que tu partida se debe a una orden mía, para atender mis asuntos. Me haré cargo con liberalidad de tus gastos. Pronto sentirás que la vida que llevas no es la que te conviene. Tu linaje, tus talentos y tu fortuna te asignaban un lugar en el mundo que no es el de compañero de una mujer sin patria ni protección. Tu carta me demuestra que no estás satisfecho de ti. Piensa en que no se gana nada prolongando una situación que nos avergüenza. Consumes inútilmente los mejores años de tu juventud, y esta pérdida es irreparable».

La carta de mi padre me asestó mil puñaladas. Cien veces me había dicho lo que él me decía; cien veces me había avergonzado de que mi vida transcurriera en la oscuridad y la inacción. Habría preferido los reproches, las amenazas; habría podido enorgullecerme de soportarlo todo y habría sentido la necesidad de reunir mis fuerzas para defender a Ellénore de los peligros que podrían asaltarla. Pero no había ningún peligro: se me dejaba perfectamente libre; y la libertad sólo me servía para llevar con más impaciencia el yugo que parecía haber escogido.

Nos instalamos en Caden, una pequeña ciudad de Bohemia. Me repetí que, puesto que me había hecho responsable del destino de Ellénore, era preferible no hacerla sufrir. Conseguí dominarme; encerré en mi interior incluso los menores indicios de descontento y apliqué todos los recursos de mi espíritu en crearme una alegría facticia para disimular mi profunda tristeza. El esfuerzo tuvo en mí un efecto inesperado. Somos criaturas hasta tal punto móviles, que terminamos por experimentar los sentimientos que fingimos. Olvidé en parte las penas que escondía. Mis perpetuas bromas disipaban mi propia melancolía; y las demostraciones de ternura con las que rodeaba a Ellénore me llenaban el corazón de una dulce emoción que casi parecía amor.

De vez en cuando me asediaban pensamientos importunos. Me asaltaban, cuando estaba solo, accesos de inquietud; me hacía mil extraños planes para lanzarme definitivamente lejos de la esfera en la que vivía confinado. Sin embargo, rechazaba esas ideas como si fueran pesadillas. Ellénore parecía feliz; ¿podía yo turbar su dicha? De este modo pasaron cerca de cinco meses.

Un día vi que Ellénore estaba agitada e intentaba ocultarme un pensamiento que la preocupaba. Después de mucho insistir, me hizo prometerle que no discutiría en

ningún momento la decisión que había tomado y me confesó que el señor de P*** le había escrito: había ganado el proceso; recordaba con agradecimiento los servicios que le había prestado y sus diez años de unión. Le ofrecía la mitad de su fortuna, no para reunirse con ella, lo que ya no era posible, sino a condición de que dejara al hombre ingrato y pérfido que los había separado.

—Le he respondido —me dijo—, y ya supondréis que he rechazado su oferta.

Desde luego que lo suponía. Estaba conmovido por la desesperación que me causaba el nuevo sacrificio que Ellénore hacía por mí. De todos modos, no me atreví a hacerle ninguna objeción: ¡mis tentativas en ese sentido habían sido siempre tan infructuosas! Salí para reflexionar sobre la decisión que debía tomar. Veía claramente que nuestros lazos debían romperse. Eran dolorosos para mí, y a ella le resultaban perjudiciales; yo era el único obstáculo que le impedía recuperar una posición razonable y la consideración que en el mundo sigue tarde o temprano a la opulencia; era la única barrera entre ella y sus hijos: ya no tenía excusa a mis propios ojos. Ceder ante ella en esta circunstancia ya no era generosidad, sino debilidad culpable. Había prometido a mi padre que volvería a ser libre tan pronto como Ellénore no me necesitara. Ya iba siendo hora de ejercer una profesión, iniciar una vida activa, hacer algún mérito para obtener el aprecio general, usar noblemente mis facultades. Regresé a casa de Ellénore creyéndome inquebrantable en el designio de obligarla a no rechazar el ofrecimiento del conde de P*** y para decirle, si era necesario, que ya no sentía amor por ella.

—Querida amiga —le dije—, luchamos durante un tiempo contra el destino, pero siempre acabamos cediendo. Las leyes de la sociedad son más fuertes que el capricho de los hombres; los sentimientos más imperiosos se rompen contra la fatalidad de las circunstancias. Nos obstinamos en vano en consultar sólo a nuestro corazón; estamos condenados a escuchar, tarde o temprano, a la razón. No puedo seguir reteniéndoos durante más tiempo en una posición igualmente indigna de vos y de mí; no puedo hacerlo, por vos, y por mí mismo.

A medida que hablaba, sin mirar a Ellénore, sentía que mis ideas se hacían más vagas y que mi resolución se debilitaba. Intenté reponerme y seguí hablando precipitadamente:

—Seré siempre amigo suyo; sentiré siempre por vos el más profundo afecto. Los dos años que ha durado nuestra relación no se me borrarán de la memoria; serán para siempre la época más hermosa de mi vida. Pero el amor, ese transporte de los sentidos, esa borrachera involuntaria, ese olvido de todos los intereses, de todas las obligaciones, Ellénore, ya no lo siento.

Esperé largamente su respuesta sin alzar los ojos hacia ella. Cuando por fin la miré, estaba inmóvil; contemplaba todos los objetos como si no reconociera ninguno. Le tomé la mano; la encontré fría. Me rechazó.

—¿Qué queréis de mí? —me dijo—. ¿Acaso no estoy sola, sola en el universo, sola, sin un solo ser que me entienda? ¿Qué más tenéis que decirme? ¿Es que todavía

no me lo habéis dicho todo? ¿No está todo acabado, acabado sin remedio? Dejadme, iros; ¿no es eso lo que deseáis?

Quiso alejarse, se tambaleó; intenté retenerla, cayó desmayada a mis pies; la levanté, la abracé, logré que recuperara el sentido.

—Ellénore —grité—, vuelva en sí, vuelva a mí; estoy lleno de amor por vos, del amor más tierno, os he engañado para que fuerais libre de elegir.

¡Credulidades del corazón, sois inexplicables! Estas simples palabras, que otras muchas anteriores desmentían, devolvieron a Ellénore a la vida y a la confianza; me las hizo repetir varias veces: parecía respirar con avidez. Me creyó: se embriagó con su amor, que tomaba por el nuestro; confirmó su respuesta al conde de P*** y me vi más comprometido que nunca.

Tres meses después se presentó una nueva posibilidad de cambio en la situación de Ellénore. Una de esas vicisitudes que son habituales en las repúblicas agitadas por las facciones permitió a su padre regresar a Polonia y le restituyó sus bienes. A pesar de que apenas conocía a su hija, a la que su madre se había llevado a Francia a la edad de tres años, quiso que se instalara con él. Las habladurías sobre las aventuras de Ellénore habían sido muy vagas en Rusia, donde había vivido siempre durante su exilio. Ellénore era su única hija: temía el aislamiento, quería que alguien se ocupara de él; se dedicó por entero a descubrir dónde vivía y, en cuanto lo supo, la invitó enseguida a reunirse con él. Ella no podía sentir verdadero afecto por un padre al que no recordaba haber visto. Aun así, pensaba que era su deber obedecerle; de este modo aseguraba a sus hijos una gran fortuna y recuperaba para sí misma la posición que le habían arrebatado las desgracias y su conducta; sin embargo, me dijo claramente que sólo iría a Polonia si yo la acompañaba.

—Ya no estoy —dijo— en la edad en que el alma se abre a nuevas impresiones. Mi padre es un desconocido para mí. Si me quedo aquí, otros se apresurarán a rodearlo; eso también lo alegrará. Mis hijos tendrán la fortuna del señor de P***. Sé muy bien que todos me censurarán; pasaré por ser una hija ingrata y una madre poco sensible: pero ya he sufrido demasiado; ya no soy lo bastante joven para que la opinión del mundo tenga demasiado poder sobre mí. Si hay dureza en mi resolución, es a vos mismo, Adolphe, a quien debéis culpar de ella. Si pudiera hacerme ilusiones respecto a vos, tal vez aceptaría una ausencia cuya amargura se vería disminuida por la perspectiva de un reencuentro agradable y duradero; pero no esperáis nada mejor que suponerme a doscientas leguas de vos, satisfecha y tranquila, rodeada por mi familia y viviendo en la opulencia. Me escribiríais entonces unas cartas muy razonables que ya puedo ver: me desgarrarían el corazón; no quiero exponerme a eso. No tengo ni el consuelo de decirme que, a cambio del sacrificio de toda mi vida, he conseguido inspiraros el sentimiento que merecía; sea como fuere, habéis aceptado el sacrificio. Bastante sufro ya por la aridez de vuestros modales y la sequedad de nuestras relaciones; soporto los sufrimientos que me causáis; no quiero afrontar otros voluntariamente.

Había en la voz y en el tono de Ellénore un no sé qué áspero y violento que anunciaba más una firme determinación que una emoción profunda o conmovedora. Desde hacía un tiempo, se irritaba de antemano al pedirme algo, como si ya se lo hubiera negado. Mandaba sobre mis actos, pero sabía que mi juicio los desmentía. Habría querido penetrar en el santuario íntimo de mi pensamiento para romper una oposición sorda que la revolvía contra mí. Le hablé de mi situación, de la voluntad de mi padre, de mi propio deseo; le supliqué, me enfurecí. Ellénore se mostró inquebrantable. Quise despertar su generosidad, como si el amor no fuera el más egoísta de los sentimientos y, en consecuencia, cuando se siente herido, el menos generoso. Intenté, con un singular esfuerzo, enternecerla por la infelicidad que experimentaba quedándome a su lado; sólo conseguí exasperarla. Le prometí que iría a Polonia a verla; pero ella sólo vio en mis promesas, forzadas e inseguras, la impaciencia por dejarla.

El primer año de nuestra estancia en Caden llegó a su término sin que nada cambiara en nuestra situación. Cuando Ellénore me hallaba triste o abatido, al principio se afligía, después se sentía herida, y me arrancaba con sus reproches la confesión de la fatiga que yo habría querido disfrazar. Por mi parte, cuando Ellénore parecía contenta, me irritaba verla complacerse en una situación que me costaba la felicidad y trastornaba su breve complacencia con insinuaciones que le hacían comprender lo que yo sentía interiormente. Así nos atacábamos el uno al otro con indirectas que retirábamos enseguida en medio de protestas generales y vagas justificaciones; después recuperábamos el silencio. Sabíamos tan bien todo lo que nos diríamos, que callábamos para no oírlo. A veces uno de los dos estaba dispuesto a ceder, pero dejábamos escapar el momento de acercarnos. Nuestros corazones, desconfiados y heridos, ya no se encontraban.

A menudo me preguntaba por qué permanecía en tan lamentable estado: me respondía que, si me alejaba de Ellénore, ella me seguiría, con lo que provocaría un nuevo sacrificio. Finalmente me dije que debía satisfacerla por última vez y que cuando la hubiera devuelto a su familia no podría exigirme nada más. Iba a proponerle seguirla a Polonia cuando recibió la noticia de que su padre había muerto de repente. La había instituido su única heredera, pero unas cartas posteriores que esgrimían algunos parientes lejanos contradecían el testamento. Esta muerte afectó dolorosamente a Ellénore, a pesar de las escasas relaciones que había entre ella y su padre: se reprochó haberlo abandonado. No tardó en acusarme de su falta.

—Me habéis hecho incumplir —me dijo— un deber sagrado. Ahora se trata sólo de mi fortuna: os la inmolaré aún con más facilidad. Desde luego, no voy a ir sola a un país en el que sólo encontraré enemigos.

—No ha sido mi intención —le respondí— haceros incumplir ningún deber; habría deseado, lo confieso, que os dignarais pensar que a mí también me resultaba penoso faltar a los míos; no he podido obtener de vos este acto de justicia. Me rindo, Ellénore; vuestro interés está por encima de cualquier otra consideración. Nos iremos

juntos cuando queráis.

Nos pusimos efectivamente en camino. Las distracciones del viaje, las novedades, los esfuerzos que hacíamos por sobreponernos, nos permitían recuperar de vez en cuando algún resto de intimidad. La larga costumbre que teníamos el uno del otro, las variadas circunstancias que habíamos recorrido juntos, habían ligado a cada palabra, casi a cada gesto, recuerdos que nos devolvían de golpe al pasado y nos llenaban de un enternecimiento involuntario, tal como los relámpagos atraviesan la noche sin disiparla. Vivíamos, por así decirlo, de una especie de memoria del corazón, lo bastante poderosa para que la idea de separarnos nos resultara dolorosa, demasiado débil para que nos hiciera dichosos permanecer unidos. Me entregaba a estas emociones para descansar de mi fastidio habitual. Para contentarla, habría querido dar a Ellénore muestras de ternura; a veces retomaba con ella el lenguaje del amor: pero esas emociones y ese lenguaje se parecían a las hojas pálidas y descoloridas que, en un resto de fúnebre vegetación, crecen languidecientes en las ramas de un árbol desarraigado.

Capítulo VII

Ellénore consiguió, desde su llegada, que se le restituyera el disfrute de los bienes que se le disputaban, comprometiéndose a no disponer de ellos hasta que se resolviera el proceso. Se estableció en una de las posesiones de su padre. El mío, que en sus cartas nunca abordaba directamente ningún tema, se contentó con llenarlas de insinuaciones contra mi viaje.

«Me habías escrito —decía— que no te irías. Me detallaste ampliamente todos tus motivos para no hacerlo. En consecuencia, estaba del todo convencido de que te marcharías. No puedo sino compadecerte por este espíritu de independencia que te lleva a hacer siempre lo que no deseas. No quiero en absoluto juzgar, por otra parte, una situación que conozco imperfectamente. Hasta el momento me había parecido que eras el protector de Ellénore, y, bajo este punto de vista, había en tu actitud cierta nobleza que elevaba tu carácter, independientemente del objeto al que te ligaras. Ahora vuestras relaciones ya no son las mismas; ya no eres tú quien la protege, es ella quien lo hace; vives en su casa, eres un extranjero al que ella introduce en su familia. No me pronunciaré sobre una posición que tú mismo has escogido; sin embargo, como puede presentar algunos inconvenientes, me gustaría hacer lo que esté en mi mano para reducirlos. Escribo al barón de T***, nuestro embajador en esa región, para recomendarte a él; ignoro si te interesará hacer uso de mi recomendación; no debes ver en ella más que una prueba de mi celo, en ningún caso un ataque a la independencia que siempre has sabido defender con éxito frente a tu padre».

Sofiqué las reflexiones que estas palabras me inspiraban. La finca en la que vivía con Ellénore estaba a poca distancia de Varsovia; fui a casa del barón de T***. Me recibió cordialmente, me preguntó por los motivos de mi estancia en Polonia, se interesó por mis proyectos: yo no sabía qué responderle. Tras unos minutos de conversación incómoda, me dijo:

—Le hablaré con franqueza: estoy al corriente de los motivos que le han traído a este país, su padre me escribió al respecto; puedo incluso decirle que los comprendo: no hay un solo hombre que no se haya encontrado, alguna vez en su vida, dividido entre el deseo de romper una relación inadecuada y el temor de afligir a una mujer a la que una vez amó. La inexperiencia de la juventud hace que uno exagere mucho ante sí mismo las dificultades de tal posición; uno se complace en creer en la realidad de las demostraciones de dolor, que reemplazan, en un sexo débil e irreflexivo, todos los recursos de la fuerza y del entendimiento. El corazón sufre por ello, pero el amor propio se felicita; y el hombre que piensa de buena fe inmolarse a la desesperación que ha causado, de hecho sólo se sacrifica a las ilusiones de su propia vanidad. Ninguna de las mujeres apasionadas de las que está lleno el mundo ha dejado nunca de protestar diciendo que abandonarla significaría la muerte para ella; ninguna de ellas ha dejado de vivir, y todas han encontrado consuelo.

Intenté interrumpirle.

—Debe disculparme —me dijo—, joven, si me expreso tan directamente: pero lo bien que me han hablado de usted, el talento que intuyo, la carrera que debería usted seguir, todo me obliga a no disfrazar nada. Leo en su alma, a su pesar y mejor que usted; ya no está usted enamorado de la mujer que lo domina y lo arrastra a su lado; si todavía la amara, no habría venido a verme. Usted sabía que su padre me había escrito; le era fácil prever lo que tenía que decirle: no le ha molestado oír de mis labios unos razonamientos que usted mismo se repite sin cesar, siempre inútilmente. La reputación de Ellénore no está ni de lejos intacta...

—Acabemos, se lo ruego —le respondí—, una conversación inútil. Unas circunstancias desafortunadas pudieron disponer de los primeros años de Ellénore; se la puede juzgar desfavorablemente por lo engañoso de las apariencias: pero hace tres años que la conozco y no hay sobre la tierra un alma más elevada, un carácter más noble, un corazón más puro y generoso.

—Como quiera —replicó—; pero se trata de matices en los que la opinión pública no profundiza. Los hechos son concretos, son conocidos; ¿piensa destruirlos impidiéndome recordarlos? Mire usted —prosiguió—, en este mundo hay que saber lo que se quiere. ¿Acaso os casaréis con Ellénore?

—No, desde luego —exclamé—; ni siquiera ella lo ha deseado nunca.

—Así pues, ¿qué pensáis hacer? Ella le lleva diez años a usted, que tiene veintiséis; seguirá ocupándose de ella diez años más; ella envejecerá; llegará usted a la mitad de la vida sin haber empezado nada, sin haber acabado nada que le cause satisfacción. A usted lo invadirá el tedio y a ella el mal humor; ella le será cada día menos agradable, usted le será más necesario cada día; y el resultado de una cuna ilustre, de una notable posición, de un espíritu elevado, será vegetar en un rincón de Polonia, olvidado de sus amigos, perdido para la gloria y atormentado por una mujer que nunca, haga usted lo que haga, se dará por satisfecha. Sólo añadiré lo siguiente, y después no volveremos a tratar un tema que lo incomoda. Tiene usted todos los caminos abiertos, las letras, las armas, la administración; puede aspirar a las más ilustres alianzas; su destino es llegar a lo más alto: pero debe recordar que entre usted y lo que puede conseguir se alza un obstáculo insuperable, y que este obstáculo es Ellénore.

—He creído mi deber, señor —le respondí—, escucharle en silencio; pero me siento asimismo obligado a decirle que no me ha hecho vacilar en absoluto. Nadie más que yo, lo repito, puede juzgar a Ellénore; nadie aprecia lo bastante la autenticidad de sus sentimientos ni la profundidad de sus impresiones. Mientras me necesite me quedará a su lado. Nada de lo que pudiera conseguir me consolaría de hacerla desgraciada; y aunque debiera limitarme a servirle de apoyo, a sostenerla en su pena, a protegerla con mi afecto de la injusticia de una sociedad que la desprecia, seguiría creyendo no haber empleado mi vida inútilmente.

Me fui después de decir estas palabras: pero ¿quién podría explicarme por qué capricho el sentimiento que me las dictaba se apagó incluso antes de que acabara de

pronunciarlas? Quise, regresando a pie, retrasar el momento de volver a ver a la misma Ellénore a la que acababa de defender; atravesé la ciudad precipitadamente: tenía prisa por estar solo.

Al llegar a campo abierto reduje el paso y mil pensamientos me asaltaron. Las palabras funestas, «entre usted y lo que puede conseguir se alza un obstáculo insuperable, y este obstáculo es Ellénore», retumbaban a mi alrededor. Lancé una larga y triste mirada hacia el tiempo que ya había pasado y que no podía recuperar; recordé mis esperanzas de juventud, la confianza con que en otro tiempo creí dominar el porvenir, los elogios que obtuvieron mis primeros ensayos, la aurora de reputación que había visto brillar y desaparecer. Me repetía los nombres de varios de mis compañeros de estudios a los que había tratado con supremo desprecio y que, por el solo efecto de un trabajo obstinado y de una vida regular, me habían dejado a buena distancia en el camino de la fortuna, la consideración y la gloria: me oprimía mi inactividad. Así como los avaros ven reflejados en los tesoros que acumulan todos los bienes que esos tesoros podrían comprar, percibía en Ellénore la privación de todo aquello a lo que habría podido aspirar. No era sólo una profesión lo que echaba en falta: como no había intentado seguir ninguna, me faltaban todas. Puesto que nunca había recurrido a mis fuerzas, las imaginaba sin límites y las maldecía; habría querido que la naturaleza me hubiera hecho débil y mediocre, para ahorrarme al menos los remordimientos que sentía por degradarme voluntariamente. Cualquier alabanza, cualquier aprobación de mi inteligencia o mis conocimientos, me parecía un reproche insoportable: era como oír admirar los vigorosos brazos de un atleta cargado de cadenas en el fondo de una mazmorra. Si quería levantar el ánimo, decirme que la época de actividad todavía no había pasado, la imagen de Ellénore se elevaba ante mí como un fantasma y volvía a arrojarme al vacío; sentía contra ella accesos de furor, y, en una extraña mezcla, este furor no disminuía nada el terror que me inspiraba la idea de afligirla.

Mi alma, fatigada por tan amargos sentimientos, buscó de repente refugio en los contrarios. Algunas palabras, pronunciadas quizás al azar por el barón de T***, sobre la posibilidad de una alianza agradable y tranquila, me sirvieron para crearme el ideal de una compañera. Pensé en el sosiego, la consideración, incluso la independencia que me ofrecería semejante destino; pues los lazos que arrastraba desde tanto tiempo atrás me hacían mil veces más dependiente de lo que habría podido hacerlo una unión reconocida y formalizada. Imaginaba la alegría de mi padre; experimenté un deseo apremiante de recuperar, en mi patria y en compañía de mis iguales, el lugar que me correspondía; me veía oponiendo una conducta austera e irreprochable a todas las críticas que una malignidad fría y frívola había pronunciado contra mí, a todos los reproches con los que me abrumaba Ellénore.

«Me acusa sin cesar —decía— de ser duro, de ser ingrato, de no tener piedad. ¡Ay!, si el cielo me hubiera concedido una mujer que las conveniencias sociales me permitieran reconocer, que no avergonzara a mi padre al aceptarla como hija, me

habría sentido mil veces feliz de hacerla feliz. Esta sensibilidad que es desconocida porque sufre y está gastada, esta sensibilidad a la que se exigen imperiosamente pruebas que mi corazón niega al arrebato y a la amenaza, ¡qué agradable me resultaría entregarme a ella con el ser amado, compañero de una vida regular y respetada! ¡Qué no he hecho por Ellénore! Por ella he dejado mi país y a mi familia; por ella he afligido el corazón de un viejo padre que gime lejos de mí; por ella vivo en este lugar en el que mi juventud se desvanece solitaria, sin gloria, honor ni placer: tantos sacrificios hechos sin obligación y sin amor, ¿acaso no prueban de lo que el amor y la obligación me harían capaz? Si temo hasta tal punto el dolor de una mujer que sólo me domina por su dolor, ¡con qué cuidado apartaría cualquier aflicción, cualquier pesar, de aquella a quien podría dedicarme abiertamente, sin remordimientos y sin reservas! ¡Qué diferente sería entonces! ¡De qué modo esta amargura de la que se me acusa como de un crimen, porque su origen es desconocido, huiría rápidamente lejos de mí! ¡Qué agradecido me sentiría hacia el cielo y qué benévolo hacia los hombres!».

Diciendo todo esto, los ojos se me llenaron de lágrimas, y mil recuerdos acudían como torrentes a mi alma: mis relaciones con Ellénore me los habían hecho odiosos. Todo lo que me llevaba a pensar en mi infancia, en la casa donde habían transcurrido mis primeros años, en los compañeros de mis primeros juegos, en mis viejos padres, que tanto se habían preocupado por mí, me hería y me hacía daño; me veía obligado a rechazar, como si fueran pensamientos culpables, las imágenes más atractivas y los deseos más naturales. La compañera que mi imaginación había creado de repente se aliaba, al contrario, a todas esas imágenes y sancionaba todos esos deseos; se asociaba a todas mis obligaciones, a mis placeres, a mis apetencias; vinculaba mi vida actual con aquella época de mi juventud en que la esperanza abría ante mí un amplio futuro, y de la que Ellénore me había separado como por medio de un abismo. Los menores detalles, los menores objetos se dibujaban de nuevo en mi memoria: volvía a ver el antiguo castillo en el que había vivido con mi padre, los bosques que lo rodeaban, el río que bañaba el pie de sus murallas, las montañas que bordeaban su horizonte; todas estas cosas me parecían de tal modo presentes, hasta tal punto llenas de vida, que me hacían estremecer de una manera que me costaba soportar; y mi imaginación colocaba a su lado a una criatura inocente y joven que las embellecía, que las animaba con la esperanza. Erré sumido en esta ensoñación, sin ningún plan fijo, sin decirme nunca que debía romper con Ellénore, sin tener de la realidad más que una idea sorda y confusa, y en el estado de un hombre que, abrumado por el dolor, durmiendo tiene un sueño que lo consuela y presiente que ese sueño se termina. Descubrí de repente el castillo de Ellénore, al que insensiblemente me había ido acercando; me detuve; seguí otro camino; me sentía feliz al retrasar el momento de oír de nuevo su voz.

El día declinaba: el cielo estaba sereno; el campo iba quedando desierto; los trabajos de los hombres habían acabado: abandonaban la naturaleza a sí misma. Mis

pensamientos tomaron gradualmente un tono más serio e imponente. Las sombras de la noche, más densas por momentos, el vasto silencio que me rodeaba y que sólo era interrumpido por ruidos escasos y lejanos, hicieron que sucediera a mi agitación un sentimiento más calmado y solemne. Paseaba la mirada por el horizonte grisáceo del que ya no podía distinguir los límites y que por esta razón me daba, de algún modo, sensación de inmensidad. No había experimentado nada parecido desde hacía mucho tiempo: absorbido sin cesar por reflexiones siempre personales, con la vista siempre fija en mi situación, me había convertido en un extraño para cualquier idea general; sólo me ocupaba de Ellénore y de mí; de Ellénore, que sólo me inspiraba una compasión mezclada con cansancio; de mí, hacia quien ya no sentía ningún aprecio. Me había encogido, por decirlo así, en una nueva clase de egoísmo, en un egoísmo sin valentía, descontento y humillado; me di cuenta de que me complacía renacer a otro orden de pensamientos y recuperar la facultad de olvidarme de mí mismo para entregarme a meditaciones desinteresadas: mi alma parecía reponerse de una degradación larga y vergonzante.

Así transcurrió casi toda la noche. Caminaba al azar; recorrí campos, bosques, caseríos en los que todo estaba inmóvil. De vez en cuando percibía en alguna vivienda lejana una luz pálida que horadaba la oscuridad. «Allí —me decía— quizá se agita de dolor algún desdichado, o lucha contra la muerte; ¡contra la muerte, misterio inexplicable, respecto a la que una experiencia diaria al parecer no ha conseguido convencer a los hombres, término cierto que ni nos consuela ni nos tranquiliza, objeto de habitual despreocupación y de terror pasajero! ¡Y también yo —proseguía— me entrego a esta insensata inconsecuencia! ¡Me rebelo contra la vida, como si la vida no debiera acabar! ¡Siembro la desdicha a mi alrededor para reconquistar unos años miserables que el tiempo me arrancará pronto! ¡Ay!, renunciemos a unos esfuerzos inútiles: disfrutemos viendo pasar el tiempo, precipitarse mis días unos sobre otros; será mejor permanecer inmóvil, ser espectador indiferente de una existencia a medias transcurrida; que alguien se apodere de ella, que alguien la destroce: ¡eso no prolongará su duración! ¿Vale la pena pelear por ella?».

La idea de la muerte ha tenido siempre un gran poder sobre mí. Hallándome sumido en las más vivas aflicciones, siempre ha bastado para calmarme enseguida: tuvo en mi alma el efecto habitual; mi actitud hacia Ellénore se hizo menos amarga. Toda mi irritación desapareció; de la impresión de aquella noche de delirio sólo me quedó un sentimiento agradable y casi tranquilo: puede que el cansancio físico que experimentaba contribuyera a esa tranquilidad.

Empezaba a clarear. Ya distinguía los objetos. Me di cuenta de que estaba bastante lejos de casa de Ellénore. Imaginé su inquietud, y me daba toda la prisa que la fatiga me permitía para llegar a su lado cuando tropecé con un hombre a caballo que ella había enviado a buscarme. Me explicó que hacía doce horas que la dominaban los más vivos temores; que, después de haber ido a Varsovia y de haber

recorrido sus alrededores, había regresado a casa en un estado de angustia inexpresable, y que había ordenado que todos los habitantes del pueblo salieran a buscarme. Su relato me llenó de un malestar bastante enojoso. Me irrité al sentirme sometido a una importuna vigilancia de Ellénore. En vano me repetía que el amor era su único motivo: ¿no era también este amor el motivo de mi desdicha? No obstante, conseguí vencer un sentimiento que me reprochaba. Sabía que estaba alarmada y que sufría. Monté a caballo. Recorrí con rapidez la distancia que nos separaba. Me recibió con una gran alegría. Su emoción me emocionó. Tuvimos una corta conversación, porque ella pensó enseguida que yo debía de necesitar reposo: y la dejé, al menos por una vez, sin haber dicho nada que pudiera afligirla.

Capítulo VIII

Por la mañana me levanté perseguido por las mismas ideas que me habían agitado la víspera. Mi agitación aumentó en los días siguientes; Ellénore quiso inútilmente comprender la causa: respondía con turbados monosílabos a sus impetuosas preguntas; me resistía ante su interés, pues sabía demasiado bien que mi franqueza le produciría dolor, y que su dolor me impondría un nuevo disimulo.

Inquieta y sorprendida, recurrió a una de sus amigas para descubrir el secreto que me acusaba de ocultarle; ávida de engañarse a sí misma, buscaba un hecho donde no había más que un sentimiento. Esta amiga me habló de mi extraño humor, del cuidado con que rechazaba cualquier idea de un lazo duradero, de mi inexplicable ansia de ruptura y de aislamiento. La escuché largamente en silencio; hasta aquel momento no le había dicho a nadie que ya no amaba a Ellénore; repugnaba a mi boca una confesión que me parecía una perfidia. Sin embargo, quise justificarme; le expliqué mi historia con cuidado, elogiando continuamente a Ellénore, aceptando la inconsecuencia de mi conducta, que justificaba por las dificultades de nuestra situación, y sin permitirme ni una palabra que dejara ver claramente que la verdadera dificultad era, por mi parte, la ausencia de amor. La mujer que me escuchaba se emocionó con mi relato: vio generosidad en lo que yo llamaba flaqueza, desdicha en lo que para mí era dureza. Las mismas explicaciones que enfurecían a una Ellénore apasionada, convencían al espíritu de su amiga imparcial. ¡Somos tan justos cuando no somos los interesados! Seas quien fueres, no pongas en manos de otro los intereses de tu corazón; sólo el corazón puede defender su causa: es el único que conoce sus heridas; cualquier intermediario se convierte en juez; analiza, transige, concibe la indiferencia; la admite como posible, la reconoce como inevitable; por la misma razón la excusa, y la indiferencia resulta así, de modo muy sorprendente, legítima a sus ojos. Los reproches de Ellénore me habían persuadido de que era culpable; supe por aquella que creía defenderla que sólo era desgraciado. Me vi arrastrado a hacer una confesión completa de mis sentimientos: convine en que sentía por Ellénore afecto, simpatía, compasión; pero añadí que el amor no era en absoluto una de las obligaciones que me imponía. Esta verdad, hasta entonces encerrada en mi corazón, sólo alguna vez revelada a Ellénore, en momentos de cólera y turbación, adquirió ante mí mismo más realidad y fuerza en cuanto otro se convirtió en su depositario. Es un gran paso, un paso irreparable, cuando desvelamos de golpe ante un tercero los repliegues ocultos de una relación íntima; la luz que penetra en el santuario constata y culmina las destrucciones que la oscuridad escondía entre sus sombras: del mismo modo que los cuerpos encerrados en sus tumbas conservan a menudo su forma original hasta que el aire exterior los golpea y los reduce a polvo.

La amiga de Ellénore se fue: ignoro qué informe le haría de nuestra conversación, pero al acercarme al salón la oí hablar con gran animación; al verme se calló. Después se dedicó a comentar, de distintas formas, unas ideas generales que eran en

realidad ataques particulares.

—No hay nada más extraño —decía— que el celo de ciertas amistades; hay gente que se apresura a hacerse cargo de los intereses de uno para así mejor abandonar su causa; llaman a esto cariño: preferiría el odio.

No me costó comprender que la amiga de Ellénore se había puesto de mi parte y contra ella, y que la había irritado porque no pareció hallarme demasiado culpable. Sentí que estaba de acuerdo con otro contra Ellénore: era una nueva barrera entre nuestros corazones.

Unos días más tarde, Ellénore llegó más lejos: era completamente incapaz de dominarse; desde el momento en que creía tener un motivo de queja, su único objetivo era pedir explicaciones, no se andaba en contemplaciones ni en cálculos, y prefería el peligro de romper a la obligación de disimular. Las dos amigas se separaron peleadas para siempre.

—¿Por qué mezclar a extraños en nuestras discusiones íntimas? —dije a Ellénore—. ¿Es que necesitamos a un tercero para entendernos? Si no nos entendemos, ¿qué tercero podrá remediarlo?

—Tenéis razón —me respondió—: pero es por vuestra culpa; antes no pedía la intervención de nadie para llegar a vuestro corazón.

De repente, Ellénore anunció el proyecto de cambiar de vida. Deduje de su razonamiento que atribuía a la soledad en que vivíamos el descontento que me devoraba: agotaba todas las explicaciones falsas para no aceptar la verdadera. Pasábamos a solas monótonas veladas entre el silencio y el mal humor; la fuente de las largas conversaciones se había secado.

Ellénore resolvió atraer a su casa a las familias nobles que vivían cerca de ella o en Varsovia. Intuí fácilmente los obstáculos y los peligros que se opondrían a sus intentos. Los parientes que le disputaban la herencia habían revelado sus errores pasados y habían difundido contra ella mil rumores calumniosos. Me estremecí por las humillaciones que tendría que afrontar e intenté disuadirla del empeño. Mis advertencias fueron inútiles; herí su orgullo con mis temores, a pesar de que los expresé con gran cuidado. Supuso que me avergonzaban nuestras relaciones porque su existencia era equívoca; sólo conseguí que tuviera más prisa por reconquistar un puesto honorable en el mundo: sus esfuerzos tuvieron un cierto éxito. La fortuna de que disfrutaba, su belleza, que el tiempo sólo había disminuido ligeramente, incluso los rumores de sus aventuras, todo en ella excitaba la curiosidad. Pronto se vio rodeada por una abundante compañía; pero la perseguía un secreto sentimiento de turbación e inquietud. Yo estaba descontento de mi situación, ella imaginaba que lo estaba de la suya; se agitaba para salir de ella; su ardiente deseo no le permitía hacer ningún cálculo, su posición falsa hacía que su conducta fuera desigual y precipitaba sus pasos. Era juiciosa, pero de mente poco amplia; su capacidad de juicio era desnaturalizada por su carácter arrebatado, y su poca amplitud le impedía percibir la línea más hábil y captar los matices. Por primera vez tenía un objetivo; y, como se

precipitaba hacia él, no lo alcanzaba. ¡Cuánta repugnancia se tragó sin comunicármelo! ¡Cuántas veces pasé vergüenza por ella y no tuve valor para decírselo! Es tal entre los hombres el poder de la reserva y la mesura, que la había visto más respetada por los amigos del conde de P**** siendo su amante de lo que lo era por sus vecinos como heredera de una gran fortuna, rodeada por sus vasallos. Alternativamente altiva y suplicante, tan pronto obsequiosa como susceptible, había en sus acciones y en sus palabras no sé qué ansia destructiva del aprecio que se construye sólo con calma.

Al describir así los defectos de Ellénore, es a mí a quien acuso y condeno. Una palabra mía la habría calmado: ¿por qué no pude pronunciarla?

De todos modos, nuestra vida juntos era más tranquila; la distracción nos aliviaba de nuestros pensamientos habituales. No estábamos solos más que a intervalos; y como teníamos el uno hacia el otro una confianza sin límites, menos respecto a nuestros sentimientos íntimos, colocábamos las observaciones y los hechos en el lugar de los sentimientos, y nuestras conversaciones recuperaron cierto encanto. Pero pronto aquella nueva clase de vida se convirtió para mí en nueva causa de perplejidad. Perdido entre el gentío que rodeaba a Ellénore, me di cuenta de que se me miraba con estupor y se me censuraba. Se acercaba la época en que debía juzgarse su caso: sus adversarios pretendían que había perturbado el corazón paterno con extravíos sin nombre; mi presencia apoyaba sus asertos. Sus amigos me acusaban de perjudicarla. Excusaban su pasión por mí; pero me acusaban de indelicadeza: yo abusaba, decían, de un sentimiento que habría debido moderar. Yo era el único que sabía que si la abandonaba la arrastraría tras de mí, y que por seguirme desatendería cualquier preocupación por su fortuna y olvidaría por completo la prudencia. No podía hacer a nadie depositario de este secreto; así pues, yo no parecía en casa de Ellénore sino un extranjero pernicioso para el éxito de las gestiones que debían decidir su suerte; y, por una extraña alteración de la verdad, mientras que era yo la víctima de sus caprichos inquebrantables, era a ella a quien compadecían como víctima de mi ascendiente.

Una nueva circunstancia vino a complicar aún más esta dolorosa situación.

En la conducta y en los modales de Ellénore se operó de repente una singular revolución: hasta entonces sólo se había ocupado de mí; de un día para otro, la vi acoger y buscar los halagos de los hombres que la rodeaban. Aquella mujer tan reservada, tan fría, tan suspicaz, pareció mudar repentinamente de carácter. Alentaba los sentimientos e incluso las esperanzas de una multitud de jóvenes, algunos de los cuales eran seducidos por su aspecto, mientras que otros, a pesar de sus pasados errores, aspiraban seriamente a obtener su mano; ella les concedía largos ratos a solas; los trataba con esos modales dudosos, pero atractivos, que rechazan suavemente sólo para retener, porque indican más indecisión que indiferencia, más aplazamiento que negativa. Después supe por ella, y los hechos me lo demostraron, que actuaba así por un cálculo falso y deplorable. Pensaba reavivar mi amor

haciéndome sentir celos; pero lo que hacía era agitar unas cenizas que nada podía recalentar. Quizá se mezclara también en su cálculo, sin que ella se diera cuenta, algo de vanidad femenina; la hería mi frialdad, quería demostrarse a sí misma que todavía era capaz de agradar. Quizás, en fin, en el aislamiento en que yo dejaba su corazón, hallara una especie de consuelo oyéndose repetir las expresiones de amor que hacía mucho que yo no le dirigía. Sea como fuere, durante un tiempo estuve equivocado sobre sus motivos. Entreví la aurora de mi libertad futura; me felicité por ello. Temblaba al pensar que podía interrumpir esta gran crisis a la que ligaba mi liberación con algún acto desconsiderado y procuré ser más amable, parecer más contento. Ellénore tomó mi amabilidad por ternura, mi esperanza de verla feliz sin mí por el deseo de hacerla feliz. Se congratuló por su estratagema. A veces, no obstante, se alarmaba al ver que no me sentía inquieto; me reprochaba que no pusiera ningún obstáculo a unas relaciones que, en apariencia, amenazaban con quitármela. Rechazaba sus acusaciones bromeando, pero no siempre lograba tranquilizarla; su carácter se transparentaba a través del disimulo que se había impuesto. Las escenas se repetían en otro terreno, pero no eran menos tempestuosas. Ellénore me imputaba sus propios errores, insinuaba que una sola palabra me la devolvería entera; después, ofendida por mi silencio, volvía a precipitarse en la coquetería con una especie de furor.

Será sobre todo por esto, me doy cuenta, por lo que se me acusará de debilidad. Quería ser libre, y podía serlo con la aprobación general; quizá debía serlo: la conducta de Ellénore me autorizaba y parecía conducirme a ello. Pero ¿acaso no sabía que esta conducta era obra mía? ¿No sabía que en el fondo de su corazón Ellénore no había dejado de amarme? ¿Podía castigarla por las imprudencias que la obligaba a cometer y, fríamente hipócrita, buscar en estas imprudencias un pretexto para abandonarla sin piedad?

Por supuesto, no intento excusarme, me condeno más severamente de lo que otro lo haría en mi lugar; pero puedo al menos dar aquí testimonio solemne de que nunca actué por cálculo y de que siempre me guiaron unos sentimientos auténticos y naturales. ¿Cómo es posible que con estos sentimientos no causara durante tanto tiempo más que mi desdicha y la de los demás?

La sociedad, sin embargo, me observaba con sorpresa. Mi permanencia junto a Ellénore sólo podía explicarse si le tenía un gran afecto, y mi indiferencia respecto a los lazos que parecía siempre dispuesta a contraer desmentían este afecto. Atribuyeron mi inexplicable tolerancia a una ligereza de principios, a una despreocupación por la moral, que hablaban, se decía, de un hombre profundamente egoísta al que el mundo había corrompido. Estas conjeturas, tanto más capaces de surtir efecto en la medida en que se adecuaban a las mentes que las concebían, fueron aceptadas y repetidas. El rumor llegó hasta mí; este inesperado descubrimiento me indignó: como premio a mis largos sacrificios era despreciado, calumniado; había olvidado, por una mujer, todos mis intereses, y había rechazado todos los placeres de

la vida, y era a mí a quien condenaban.

Hablé enérgicamente con Ellénore: una palabra hizo que desapareciera aquella turba de adoradores a la que sólo había llamado para que yo temiera perderla. Redujo su compañía a algunas mujeres y a un escaso número de hombres de cierta edad. Todo recuperó, a nuestro alrededor, apariencia de regularidad: pero aquello nos hizo más desdichados. Ellénore se creyó con nuevos derechos; yo me sentí cargado con nuevas cadenas.

No soy capaz de describir las amarguras y los furores que resultaron de esta complicación de nuestras relaciones. Nuestra vida ya no fue más que una tormenta continua; la intimidad perdió todos sus encantos, y el amor toda su dulzura; ya no hubo entre nosotros ni siquiera esos cambios pasajeros que parecen por unos instantes sanar heridas incurables. La verdad se impuso por todas partes, y utilicé, para darme a entender, las expresiones más duras y despiadadas. No me detenía hasta que veía a Ellénore llorando; e incluso su llanto no era más que una lava ardiente que, cayendo gota a gota en mi corazón, me arrancaba gritos, pero no podía arrancarme ningún remordimiento. Fue entonces cuando la vi alzarse, pálida y profética, más de una vez:

—Adolphe —gritaba—, no sabéis cuánto me afligís; un día lo sabréis, lo sabréis por mí, cuando me hayáis precipitado a la tumba.

¡Desdichado de mí, que, al oírla hablar así, no me lancé a su interior antes de que ella lo hiciera!

Capítulo IX

No había vuelto a casa del barón de T*** desde mi última visita. Una mañana recibí de él esta nota:

«Los consejos que le di no merecían tan larga ausencia. Sea cual fuere la decisión que tome usted respecto a su asunto, ello no lo hace menos hijo de mi amigo más querido ni hará que disfrute menos de su compañía, y será para mí una gran satisfacción introducirlo a usted en un círculo del que me atrevo a prometerle que le agrada formar parte. Permítame añadir que cuanto más singular resulte su vida, que no quiero en absoluto criticar, más le conviene disipar las sospechas, sin duda infundadas, dejándose ver en público».

Agradecí la benevolencia que me demostraba un hombre de su edad. Fui a su casa; en ningún momento salió el tema de Ellénore. El barón hizo que me quedara a cenar: aquel día vi sólo a algunos hombres bastante espirituales y amables. Al principio me sentí incómodo, pero me esforcé por sobreponerme; me animé, hablé, desplegué al máximo mi agudeza y mis conocimientos. Me di cuenta de que conseguía captar la atención. Recuperé, gracias a este éxito, una satisfacción de la que mi amor propio estaba privado desde hacía mucho: esta satisfacción hizo que la compañía del barón de T*** me resultara más agradable.

Mis visitas a su casa se multiplicaron. Me encargó algunas tareas relacionadas con la embajada y que creyó poder confiarme sin ningún inconveniente. Al principio Ellénore se sorprendió por esta revolución en mi vida; pero le hablé de la amistad que unía al barón con mi padre y del placer que me proporcionaba consolar a este último de mi ausencia aparentando ocuparme en algo útil. La pobre Ellénore, y mientras lo escribo siento un gran remordimiento, experimentó cierta alegría porque yo parecía más tranquilo y se resignó, sin quejarse demasiado, a pasar a menudo la mayor parte del día separada de mí. El barón, por su parte, volvió a mencionar a Ellénore cuando empezó a haber algo de confianza entre nosotros. Mi intención inequívoca era siempre hablar bien de ella, pero, sin darme cuenta, lo hacía en un tono más bien ligero y desenfadado: a veces daba a entender, por medio de generalidades, que admitía la necesidad de desligarme de ella; a veces las bromas me ayudaban; hablaba, riendo, de las mujeres y de la dificultad de romper con ellas. Estos discursos divertían a un viejo ministro que ya no tenía la mente muy clara y que recordaba vagamente que en su juventud también lo habían atormentado los mal de amores. De este modo, sólo por tener un sentimiento oculto, engañaba más o menos a todo el mundo: engañaba a Ellénore, pues sabía que el barón quería alejarme de ella y no se lo decía; engañaba al señor de T***, pues dejaba que confiara en que mi deseo era romper mis lazos. Esta duplicidad quedaba muy lejos de mi carácter: pero el hombre se pervierte desde el momento en que guarda en su corazón un solo pensamiento que se ve constantemente obligado a disimular.

Hasta entonces sólo había trabado conocimiento, en casa del barón de T***, con

los hombres que componían su sociedad particular. Un día me propuso quedarme a una fiesta que daba para celebrar el natalicio de su señor.

—Podrá usted conocer —me dijo— a las más bellas mujeres de Polonia: no encontrará, es cierto, a aquella a la que ama; no es que eso me guste, pero hay mujeres a las que sólo es posible ver en su casa.

Esa frase me afectó mucho; guardé silencio, pero me reprochaba interiormente no haber defendido a Ellénore, quien, si alguien me hubiera atacado en su presencia, me habría defendido con gran energía.

La reunión era numerosa; todos me examinaban con atención. Oía cómo repetían en voz baja, a mi alrededor, el nombre de mi padre, el de Ellénore, el del conde de P***. Callaban cuando me acercaba; proseguían cuando me alejaba. Quedaba claro que explicaban mi historia, y cada cual, sin duda, lo hacía a su manera. Mi situación era insoportable; tenía la frente cubierta de un sudor frío. Enrojecía y palidecía una y otra vez.

El barón se dio cuenta de mi angustia. Se acercó a mí, se deshizo en atenciones y cumplidos, buscó mil ocasiones de elogiarme, y enseguida su ascendiente obligó a los demás a tratarme con la misma consideración.

Cuando todos se hubieron retirado, el señor de T*** me dijo:

—Quisiera hablarle una vez más con el corazón en la mano. ¿Por qué su deseo de insistir en una situación que le hace sufrir? ¿A quién beneficia? ¿Cree que no se sabe lo que pasa entre usted y Ellénore? Todo el mundo está al corriente de vuestra acritud y descontento recíprocos. Se perjudica a sí mismo con su debilidad del mismo modo que con su dureza; pues, para colmo de inconsecuencia, no hace usted feliz a esta mujer que lo hace tan desdichado.

Todavía me sentía herido por el dolor que acababa de experimentar. El barón me mostró algunas cartas de mi padre. Reflejaban una aflicción mucho más intensa de lo que yo había supuesto. Me sentí profundamente conmovido. La idea de que yo prolongaba la agitación de Ellénore aumentó mi irresolución. Finalmente, como si todo se aliara en su contra, mientras yo dudaba, ella misma, con su vehemencia, hizo que acabara de decidirme. Había estado ausente todo el día; el barón me retuvo en su casa después de la reunión; la noche había ido pasando. Me trajeron una nota de Ellénore mientras estaba con el barón de T***. Vi en sus ojos una especie de compasión por mi servidumbre. La carta de Ellénore estaba llena de amargura.

—¡Pues cómo! —me dije—, ¡no puedo tener ni un día libre! ¡No puedo respirar ni una hora en paz! Me persigue por todas partes, como a un esclavo al que hubiera que devolver a sus pies. —Y, más violento por cuanto me sentía más débil—: Sí —exclamé—, me comprometo a romper con Ellénore, tendré el valor de decírselo yo mismo; ya puede comunicárselo usted a mi padre.

Después de decir esto, me apresuré a dejar al barón. Me oprimían las palabras que acababa de pronunciar y apenas creía en la promesa que había hecho.

Ellénore me esperaba con impaciencia. Por una extraña casualidad, alguien le

había hablado por primera vez, durante mi ausencia, de los esfuerzos del barón de T*** por apartarme de ella. La habían informado de mis discursos, de mis bromas. Una vez levantadas las sospechas, se dedicó a reunir mentalmente distintas circunstancias que le pareció que las confirmaban. Mi repentina relación con un hombre al que antes no veía nunca, la intimidad que había entre este hombre y mi padre, le parecían pruebas irrefragables. Su inquietud había progresado tanto en pocas horas que la encontré plenamente convencida de lo que identificó como mi perfidia.

Al acercarme a ella estaba decidido a decírsele todo. Cuando me acusó, ¿quién lo habría creído?, lo único que me preocupó fue eludirlo todo. Incluso negué, sí, ese mismo día negué lo que estaba decidido a anunciarle al siguiente.

Era tarde; la dejé; me apresuré a acostarme para terminar tan largo día; y cuando estuve seguro de que se había acabado, me sentí, de momento, liberado de una enorme carga.

Al día siguiente no me levanté hasta mediodía, como si retrasando la hora de encontrarnos retrasara el instante fatal.

Ellénore se había tranquilizado durante la noche, tanto por sus propias reflexiones como por lo que yo le había dicho la víspera. Me habló de sus asuntos de una forma tan confiada que dejaba bien claro que para ella nuestras existencias estaban indisolublemente unidas. ¿Cómo hallar las palabras que la devolverían a su aislamiento?

El tiempo transcurría con una rapidez espantosa. Cada minuto hacía más necesaria una explicación. El segundo de los tres días que había fijado como plazo estaba a punto de expirar. El señor de T*** me esperaba a más tardar al cabo de otros dos. Su carta a mi padre ya había salido, y yo iba a faltar a mi promesa sin haber hecho el menor intento de cumplirla. Salía, regresaba, cogía a Ellénore de la mano, empezaba una frase que al punto interrumpía, miraba cómo avanzaba el sol y se acercaba al horizonte. Volvió a llegar la noche, lo aplacé de nuevo. Me quedaba un día: bastaba con una hora.

El día pasó como el precedente. Escribí al señor de T*** para pedirle más tiempo: y, como es natural que hagan las personas débiles, amontoné en mi carta mil razonamientos para justificar mi retraso, para demostrar que mi decisión no había cambiado en nada y que, desde aquel mismo instante, cabía considerar los lazos que me unían a Ellénore rotos para siempre.

Capítulo X

Pasé más tranquilo los días siguientes. Había devuelto a la imprecisión la necesidad de actuar; ya no me perseguía como un espectro; creía disponer de todo el tiempo que me hacía falta para preparar a Ellénore. Quería ser más amable, más tierno con ella, para conservar al menos el recuerdo de nuestra amistad. Mi desazón era muy distinta de la que había conocido hasta entonces. Había implorado al cielo que levantara de repente entre Ellénore y yo un obstáculo que no pudiera superar. Este obstáculo se había levantado. Dirigía la mirada hacia Ellénore como hacia un ser al que estaba a punto de perder. La exigencia, que me había parecido tantas veces insoportable, ya no me asustaba; me sentía liberado con anticipación. Era más libre si seguía cediendo, y ya no experimentaba la rebeldía interior que antes me llevaba incesantemente a destrozarlo todo. En mí ya no había ninguna impaciencia: había, al contrario, un deseo secreto de retrasar el momento funesto.

Ellénore se dio cuenta de que mi actitud era más afectuosa y sensible: ella, a su vez, se hizo menos amarga. Yo buscaba conversaciones que había evitado; disfrutaba de sus expresiones de amor, hacía poco importunas, ahora preciosas, como si pudieran cada vez ser las últimas.

Una noche nos habíamos separado después de una charla más afable que de costumbre. El secreto que encerraba en mi seno me entristecía; pero mi tristeza no contenía ninguna violencia. La incertidumbre donde yo había querido situar el momento de la separación me servía para no pensar en ella. Por la noche oí en el castillo un ruido inusual. El ruido cesó pronto y no le di mayor importancia. Por la mañana, no obstante, lo recordé: quise conocer su causa y dirigí mis pasos hacia la habitación de Ellénore. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando me dijeron que hacía doce horas que tenía fiebre ardiente, que un médico al que sus criados habían llamado decía que su vida estaba en peligro y que ella había prohibido imperiosamente que me avisaran y que me dejaran acercarme!

Insistí en verla. El médico en persona salió de la habitación para explicarme que era necesario no causarle ningún trastorno. Atribuía la prohibición, cuyo motivo desconocía, al deseo de no alarmarme. Interrogué angustiado a los criados de Ellénore sobre lo que había podido sumirla de forma tan repentina en tan peligroso estado. La víspera, después de separarnos, había recibido de Varsovia una carta que le entregó un hombre a caballo; después de abrirla y leerla por encima, se había desmayado; al volver en sí, se había echado en la cama sin decir nada. Una de las mujeres, inquieta por la agitación en que la veía, se había quedado con ella sin que se diera cuenta; hacia medianoche, la mujer la había visto temblar de tal modo que la cama en que estaba acostada sufría violentas sacudidas: había querido llamarme; Ellénore se había opuesto a ello con una especie de terror tan violento que no se habían atrevido a desobedecerla. Habían mandado a buscar a un médico; Ellénore se había negado, seguía negándose a responderle; había pasado la noche pronunciando

palabras entrecortadas que no habían podido comprender y tapándose a menudo la boca con el pañuelo, como para impedirse hablar.

Mientras me daban estos detalles, otra mujer, que se había quedado con Ellénore, vino corriendo horrorizada. Ellénore parecía haber perdido la razón. No distinguía nada de lo que la rodeaba. De vez en cuando gritaba, repetía mi nombre, y después, aterrada, hacía un gesto con la mano como para que apartaran de ella un objeto que le resultaba odioso.

Entré en su habitación. Vi dos cartas al pie de la cama. Una era la mía al barón de T***, la otra de este último para Ellénore. Hasta entonces no me di cuenta de la clave de aquel terrible enigma. Todos mis esfuerzos por conseguir el tiempo que quería seguir dedicando al último adiós se habían vuelto de aquel modo contra la infortunada a la que intentaba preparar. Ellénore había leído, de mi puño y letra, mis promesas de abandonarla, promesas que sólo había dictado el deseo de quedarme más tiempo con ella y que la misma intensidad de mi deseo me había hecho repetir, desarrollar de mil maneras. A la mirada indiferente del señor de T*** no le había costado distinguir en mis protestas, reiteradas en cada línea, la indecisión que disfrazaba y las mañas de mi propia incertidumbre. Pero había sido cruel al calcular que Ellénore vería en todo ello una decisión irrevocable. Me acerqué a ella: me miró sin reconocermela. Le hablé: se sobresaltó.

—¿Qué ruido es este? —exclamó—; es la voz que me ha hecho daño.

El médico se fijó en que mi presencia agravaba su delirio y me rogó que me alejara. ¿Cómo describir lo que experimenté durante tres largas horas? Finalmente, el médico salió. Ellénore había caído en un profundo sopor. No desesperaba de salvarla si cuando despertara le había bajado la fiebre.

Ellénore durmió mucho tiempo. Cuando me avisaron de que se había despertado, le escribí para pedirle que me recibiera. Me hizo llamar. Quise hablar; me interrumpió.

—Que no os oiga pronunciar —dijo— ni una palabra cruel. Ya no exijo nada, ya no me opongo a nada; pero deseo que esta voz que tanto he amado, esta voz que hallaba eco en el fondo de mi corazón, no penetre en él para desgarrarlo. Adolphe, Adolphe, he sido violenta, he podido ofenderos; pero no sabéis cuánto he sufrido. Quiera Dios que no lo sepáis nunca.

Su agitación se acentuó. Puso la frente en mi mano; ardía; una terrible contracción le desfiguraba la cara.

—Por Dios —exclamé—, querida Ellénore, escuchadme. Sí, soy culpable: esta carta...

Se estremeció y quiso alejarse. La retuve.

—Débil, atormentado —proseguí—, cedí por un momento a una cruel insistencia; pero ¿acaso no tenéis mil pruebas de que no puedo querer que nos separen? He estado descontento, he sido desgraciado, injusto; quizás, al luchar con demasiada violencia contra una imaginación rebelde, disteis fuerza a unas veleidades pasajeras que hoy

desprecio; pero ¿podéis dudar de la profundidad de mi cariño? ¿No están nuestras almas encadenadas la una a la otra por mil lazos que nada puede romper? ¿No tenemos en común todo lo pasado? ¿Podemos contemplar los tres años que acaban de cumplirse sin recordar las impresiones que hemos compartido, el placer que hemos conocido, las penas que juntos hemos soportado? Ellénore, comencemos en este día una nueva época, recordemos las horas de felicidad y de amor.

Me miró durante un rato con aire de duda.

—¡Tu padre —contestó finalmente—, tus obligaciones, tu familia, lo que se espera de ti!...

—Sin duda —respondí—, alguna vez, un día, quizá...

Se dio cuenta de que vacilaba.

—Dios mío —exclamó—, ¿por qué me devolvéis la esperanza para arrancármela tan pronto? Adolphe, agradezco vuestros esfuerzos: me han hecho bien, tanto más porque no os costarán, espero, ningún sacrificio; pero, os lo ruego, no hablemos más del futuro. Pase lo que pase, no os reprochéis nada. Habéis sido bueno conmigo. Quise lo que no era posible. El amor era toda mi vida: no podía ser la vuestra. Ahora ocupaos de mí unos días más.

Las lágrimas fluyeron abundantes de sus ojos; su respiración se hizo menos ahogada; apoyó la cabeza en mi hombro.

—Aquí es —dijo— donde siempre he deseado morir.

La estreché contra mi corazón, volví a renegar de mis proyectos, condené mis crueles arrebatos.

—No —respondió—, debéis ser libre y estar contento.

—¿Podría serlo, siendo vos desdichada?

—No seré desdichada por mucho tiempo, no tendréis demasiado tiempo para compadecerme.

Alejé de mí unos temores que quería creer quiméricos.

—No, no, querido Adolphe —me dijo—, cuando se ha invocado largamente a la muerte, el cielo nos envía finalmente no sé qué presentimiento infalible que nos advierte de que nuestra plegaria ha sido escuchada.

Le juré no dejarla nunca.

—Siempre lo he esperado, ahora estoy segura de ello.

Era uno de esos días de invierno en que el sol parece iluminar tristemente el campo grisáceo, como si contemplara lleno de compasión la tierra que ha dejado de calentar. Ellénore me propuso salir.

—Hace mucho frío —le dije.

—No importa, quiero pasear con vos.

Me tomó del brazo; caminamos mucho rato sin decir nada; le costaba seguir y se apoyaba casi del todo en mí.

—Detengámonos un instante.

—No —me respondió—, me complace seguir sintiendo que me sostenéis.

Volvimos a quedar en silencio. El cielo estaba sereno; pero los árboles no tenían hojas; no había brisa que agitara el aire, ni pájaros que lo atravesaran: todo estaba inmóvil, y el único ruido que podía oírse era el de la hierba helada al romperse bajo nuestros pasos.

—¡Qué tranquilo está todo —me dijo Ellénore—; cómo se resigna la naturaleza! ¿No debe también el corazón aprender a resignarse?

Se sentó en una piedra; de repente se puso de rodillas y, bajando la cabeza, la apoyó en las manos. Oí que decía unas palabras en voz baja. Me di cuenta de que rezaba. Finalmente se levantó.

—Volvamos —dijo—, me ha entrado frío. Temo caer enferma. No me digáis nada; no estoy en condiciones de escucharos.

A partir de ese día, vi a Ellénore debilitarse y consumirse. Reuní a su alrededor a médicos venidos de todas partes; unos me anunciaron un mal sin remedio, otros me consolaron con vanas esperanzas; pero la naturaleza hosca y silenciosa proseguía con brazo invisible su labor despiadada. Había momentos en los que Ellénore parecía revivir. A veces se habría dicho que la mano de hierro que pesaba sobre ella se había retirado. Levantaba la cabeza languideciente; sus mejillas se cubrían de colores algo más vivos; sus ojos se reanimaban: pero de repente, por el juego cruel de un poder desconocido, la engañosa mejora desaparecía, sin que la ciencia pudiera adivinar la causa. La vi dirigirse de este modo hacia la destrucción. Vi grabarse en su rostro, noble y expresivo, los signos que preceden a la muerte. Vi, espectáculo humillante y deplorable, a aquel carácter enérgico y orgulloso recibir mil impresiones confusas e incoherentes, como si, en tan terribles instantes, el alma, gastada por el cuerpo, se metamorfoseara en todos los sentidos para plegarse con menos esfuerzo a la degradación de los órganos.

Un solo sentimiento no cambió nunca en el corazón de Ellénore: su ternura por mí. Su debilidad raramente le permitía hablarme; pero clavaba en mí sus ojos en silencio, y entonces me parecía que sus miradas me pedían la vida que ya no podía darle. Temía causarle emociones violentas; inventaba pretextos para salir: recorría al azar todos los lugares donde había estado con ella; regaba con mi llanto las piedras, el pie de los árboles, todos los objetos que me traían su recuerdo.

No eran penas de amor, era un sentimiento más oscuro y más triste; el amor se identifica hasta tal punto con el objeto amado, que incluso en su desesperación hay algún encanto. Lucha contra la realidad, contra el destino; el ardor de su deseo lo engaña respecto a sus fuerzas y lo exalta en medio de su dolor. El mío era sombrío y solitario; no esperaba en absoluto morir con Ellénore; iba a vivir sin ella en el desierto que es el mundo y que tantas veces había deseado cruzar independiente. Había quebrado al ser que me amaba; había quebrado aquel corazón, compañero del mío, que en su ternura infatigable había persistido en dedicarse a mí; el aislamiento ya me alcanzaba. Ellénore todavía respiraba, pero ya no podía confiarle mis pensamientos; ya estaba solo en la tierra; ya no vivía en aquella atmósfera de amor

que ella extendía a mi alrededor; el aire que respiraba me parecía más áspero, las caras de los hombres con los que me encontraba, más indiferentes; la naturaleza entera parecía decirme que iba a dejar de ser amado para siempre.

El peligro que corría Ellénore se hizo de pronto más inminente; unos síntomas que no cabía ignorar anunciaron su próximo fin: un sacerdote de su religión la advirtió de ello. Me pidió que le trajera una cajita que contenía muchos papeles; hizo quemar varios en su presencia, pero parecía buscar uno que no conseguía encontrar y estaba muy inquieta. Le supliqué que abandonara una búsqueda que la agitaba y durante la cual se había desmayado dos veces.

—Consiento en ello —me respondió—; pero, querido Adolphe, no me negaréis lo que os pido. Entre mis papeles hallaréis, no sé dónde, una carta dirigida a vos; quemadla sin leerla, os exhorto a hacerlo así en nombre de nuestro amor, en nombre de estos últimos momentos, que vos habéis dulcificado.

Se lo prometí; se quedó más tranquila.

—Dejad ahora que me entregue —me dijo— a las obligaciones que me impone mi religión; tengo muchas faltas que expiar: mi amor por vos podría ser una de ellas; sin embargo, no lo creería si este amor hubiera podido haceros feliz.

La dejé: cuando volví, lo hice con todos sus criados, para asistir a las últimas y solemnes plegarias; de rodillas en un rincón de su dormitorio, unas veces me abismaba en mis pensamientos, otras contemplaba, con involuntaria curiosidad, a todos los allí reunidos, el terror de unos, la distracción de otros, y el efecto singular de la costumbre, que introduce indiferencia en todas las prácticas prescritas y hace que consideremos las ceremonias más augustas y terribles como cosas convenidas y de pura fórmula; oía a los hombres repetir maquinalmente las palabras fúnebres como si ellos mismos no fueran a ser un día actores de una escena semejante, como si ellos mismos no fueran a morir un día. No obstante, estaba lejos de desdeñar esas prácticas; ¿acaso hay alguna que el hombre, en su ignorancia, ose considerar inútil? A Ellénore la tranquilizaban: la ayudaban a franquear ese paso terrible hacia el que todos avanzamos, sin que ninguno de nosotros pueda prever lo que entonces experimentará. Mi sorpresa no se debe a que el hombre necesite una religión; lo que me asombra es que pueda alguna vez sentirse lo bastante fuerte, lo bastante protegido de la desgracia como para atreverse a prescindir de alguna: en su debilidad, me parece, debería verse llevado a invocarlas todas; en la espesa noche que nos rodea, ¿hay algún resplandor que podamos rechazar? En la corriente que nos arrastra, ¿hay una sola rama a la que seamos capaces de impedir que nos retenga?

La impresión que produjo en Ellénore tan lúgubre solemnidad pareció haberla fatigado. Entró en un sueño bastante tranquilo; se despertó menos doliente; yo estaba solo en su habitación; nos hablábamos de vez en cuando, entre largos intervalos. El médico que había demostrado ser el más hábil en sus conjeturas me había predicho que no viviría veinticuatro horas más; yo miraba alternativamente un reloj de péndulo que marcaba las horas y la cara de Ellénore, en la que no percibía ningún nuevo

cambio. Cada minuto que transcurría reanimaba mi esperanza y me hacía poner en duda los presagios de un arte embustero. De repente Ellénore se enderezó con un movimiento brusco; la sujeté entre mis brazos: un temblor convulsivo le agitaba todo el cuerpo; sus ojos me buscaban, pero en ellos se dibujó un horror indefinido, como si pidiera compasión a algún objeto amenazante que se ocultaba a mis miradas: se levantaba, volvía a caer, se la veía intentando huir; se habría dicho que luchaba contra un poder físico invisible que, cansado de esperar el momento funesto, la había agarrado y la retenía para acabar con ella en aquel lecho de muerte. Finalmente, cedió al encarnizamiento de aquella naturaleza enemiga; sus miembros se aflojaron, pareció recuperar algo la conciencia: me apretó la mano; quiso llorar, no le quedaban lágrimas; quiso hablar, no le quedaba voz: lo dejó correr, como resignada, con la cabeza en el brazo que la sostenía; su respiración se hizo más lenta: al cabo de unos instantes ya se había ido.

Permanecí largo tiempo inmóvil al lado de Ellénore sin vida. La evidencia de su muerte no conseguía penetrar en mi alma; mis ojos contemplaban con un asombro estúpido aquel cuerpo inanimado. Una de las criadas entró y difundió la siniestra noticia por toda la casa. El rumor que se levantó cerca de mí me sacó del letargo en el que me había hundido; me levanté: entonces experimenté un dolor que me desgarraba y todo el horror del adiós sin retorno. Todo aquel movimiento, la actividad de la vida vulgar, todos aquellos cuidados y atenciones que ya nada le importaban, disiparon la ilusión que prolongaba, la ilusión por la que creía seguir existiendo con Ellénore. Sentí que se rompía el último vínculo y que la espantosa realidad se instalaba para siempre entre ella y yo. ¡Hasta qué punto me pesaba la libertad que tanto había añorado! ¡Hasta qué punto echaba de menos mi corazón la dependencia que me había soliviantado a menudo! Hasta hacía poco, todas mis acciones tenían un objetivo; estaba seguro, con cada una de ellas, de ahorrar un sufrimiento o de dar una alegría: entonces me quejaba; me impacientaba que un ojo amigo observara mis actos, que la felicidad de otro ser estuviera ligada a ellos. Ahora nadie los observaba; no interesaban a nadie; no había quien me disputara mi tiempo ni mis horas; ninguna voz me llamaba cuando salía: era libre, en efecto; ya no era amado: era un extraño para todo el mundo.

Me trajeron todos los papeles de Ellénore, tal como ella había dispuesto; en cada línea encontraba nuevas pruebas de su amor, nuevos sacrificios que había hecho por mí y que me había ocultado. Di finalmente con la carta que había prometido quemar; al principio no la reconocí; no tenía dirección, estaba abierta: algunas palabras me saltaron a los ojos sin querer; intenté en vano apartarlos de ellas, no pude resistirme a la necesidad de leerla entera. No me siento con fuerzas para transcribirla: Ellénore la había escrito tras alguna de las escenas violentas que habían precedido a su enfermedad.

«Adolphe —me decía—, ¿por qué sois tan cruel conmigo?, ¿cuál es mi crimen sino amaros, no poder existir sin vos? ¿Por qué extraña compasión no os atrevéis a

romper un lazo que os pesa y desgarráis al ser desdichado a cuyo lado os retiene vuestra compasión? ¿Por qué me rehusáis el triste placer de creer al menos generoso? ¿Por qué os mostráis furioso y débil? ¡La idea de mi dolor os persigue, y el espectáculo de ese dolor no puede deteneros! ¿Qué exigís? ¿Que os deje? ¿No veis que no tengo fuerzas para hacerlo? ¡Ay!, sois vos, vos que no amáis, quien debe encontrar esas fuerzas en un corazón que se ha cansado de mí y al que tanto amor no puede desarmar. No me daréis esas fuerzas, haréis que la pena me consuma, me haréis morir a vuestros pies». «Decidme —escribía más adelante—, ¿existe un país al que no os seguiría? ¿Hay un lugar apartado en el que yo no me escondería para vivir cerca de vos sin ser una carga en vuestra vida? Pero no, no queréis eso. Cada proyecto que os propongo, tímida y temblorosa porque me habéis helado de espanto, lo rechazáis con impaciencia. Lo mejor que obtengo es vuestro silencio. Tanta dureza no conviene a vuestro carácter. Sois bueno; vuestros actos son nobles y abnegados: pero ¿qué actos podrían borrar vuestras palabras? Esas palabras aceradas retumban a mi alrededor: las oigo por la noche, me siguen, me devoran, corrompen todo lo que hacéis. ¿Debo entonces morir, Adolphe? Pues bien, estaréis contento; esta pobre criatura a la que habéis protegido, pero a la que golpeáis con violencia, morirá. Esta Ellénore importuna a la que no podéis soportar a vuestro lado, a la que veis como un obstáculo, para quien no halláis sobre la tierra un lugar donde no os moleste, morirá; morirá: andaréis solo entre el gentío con el que estáis impaciente por mezclaros. Conoceréis a esos hombres cuya indiferencia agradecéis hoy; y quizás un día, herido por tan áridos corazones, añoraréis aquel del que disponíais, que vivía de vuestro afecto, que habría desafiado mil peligros por defenderos y al que no os dignáis recompensar ni con una mirada».

Carta al editor

Le devuelvo, señor, el manuscrito que ha tenido la bondad de confiarme. Le agradezco la amabilidad, aunque haya despertado en mí tristes recuerdos que el tiempo había borrado; conocí a la mayor parte de los que figuran en esta historia, que es auténtica hasta el último detalle. Vi a menudo a ese extraño y desgraciado Adolphe, que es a la vez su autor y protagonista; intenté arrancar con mis consejos a la encantadora Ellénore, digna de una suerte más amable y de un corazón más fiel, del ser dañino que, no menos miserable que ella, la dominaba por una especie de hechizo y la desgarraba con su debilidad. Por desgracia, la última vez que la vi creí haberle dado algo de fuerza, haber fortalecido su entendimiento frente a su corazón. Tras una ausencia que resultó ser demasiado larga, volví a la región donde la había dejado y no encontré más que una tumba.

Debería usted, señor, publicar esta historia. Ya no puede herir a nadie, y en mi opinión no dejaría de tener utilidad. El infortunio de Ellénore demuestra que el sentimiento más apasionado no es capaz de luchar contra el orden de las cosas. La sociedad es demasiado poderosa, se reproduce bajo demasiadas formas, mezcla demasiadas amarguras al amor que no ha sancionado; favorece la inclinación a la inconstancia y a la fatiga impaciente, enfermedades del alma que a veces se apoderan de ella en la intimidad. Los indiferentes están maravillosamente dispuestos a preocuparse en nombre de la moral y a resultar nocivos para la virtud a causa de su celo; se diría que la vista del afecto los importuna, porque son incapaces de sentirlo; y cuando pueden valerse de un pretexto, disfrutan atacándolo y destruyéndolo. ¡Qué desdicha, pues, espera a la mujer que descansa en un sentimiento al que todo intenta envenenar y contra el que la sociedad, cuando no se ha visto forzada a respetarlo como legítimo, se arma de todo lo malvado que hay en el corazón del hombre para desalentar a todo lo bueno que hay en él!

El ejemplo de Adolphe no será menos instructivo si añade que después de haber rechazado al ser que lo amaban estuvo menos inquieto, menos agitado, menos descontento; que no hizo ningún uso de una libertad reconquistada al precio de tanto dolor y tantas lágrimas; y que, al hacerse tan digno de censura, se hizo también digno de compasión.

Si necesita usted pruebas, señor, lea las cartas que lo pondrán al corriente de la suerte de Adolphe; lo hallará en muchas circunstancias distintas, siempre víctima de esta mezcla de egoísmo y sensibilidad que se combinaba en él para su desgracia y la de los demás; previendo el mal antes de hacerlo y retrocediendo con desesperación después de haberlo hecho; castigado por sus cualidades aún más que por sus defectos, porque sus cualidades surgían de sus emociones y no de sus principios; fue alternativamente el más abnegado y el más duro de los hombres, pero tomó siempre partido por la dureza, después de haber empezado por la abnegación, y no dejó de este modo otro rastro que el de sus errores.

Respuesta

Sí señor, publicaré el manuscrito que me envía (no porque piense, como usted, que pueda ser útil; en este mundo, nadie aprende más que por sí mismo, y todas las mujeres que lo lean imaginarán haber encontrado a alguien mejor que Adolphe y valer más que Ellénore); lo publicaré, sin embargo, por ser una historia lo bastante verdadera sobre la miseria del corazón humano. Si encierra una lección instructiva, esta se dirige a los hombres: demuestra que ese espíritu del que están tan orgullosos no sirve ni para hallar la felicidad ni para procurarla; demuestra que el carácter, la firmeza, la fidelidad, la bondad, son los dones que hay que pedir al cielo; y no llamo bondad a esa compasión pasajera que no somete en absoluto a la impaciencia ni le impide reabrir las heridas que un momento de pesar había cerrado. En la vida la gran cuestión es el dolor que causamos, y la más ingeniosa metafísica no justifica al hombre que ha desgarrado el corazón que lo amaba. Odio, además, la fatuidad de un espíritu que cree excusar lo que explica; odio la vanidad que se ocupa de sí misma al relatar el daño que ha hecho, que tiene la pretensión de hacerse compadecer al describirse y que, permaneciendo indestructible sobre las ruinas, se analiza en lugar de arrepentirse. Odio la debilidad que achaca siempre a los demás su propia impotencia y que no ve de ningún modo que el mal no está a su alrededor, sino en ella misma. Habría adivinado que Adolphe fue castigado a causa de su carácter por su propio carácter, que no siguió ninguna ruta fija ni se dedicó a ninguna carrera útil, que consumió sus facultades sin otra dirección que el capricho, sin más fuerza que la irritación; habría, digo, adivinado todo esto aunque usted no me hubiera comunicado nuevos detalles, que ignoro si destinaré a algún fin, sobre su suerte. Las circunstancias son muy poca cosa, el carácter lo es todo; rompemos en vano con los objetos y seres exteriores, pues no podemos romper con nosotros mismos. Cambiamos de situación, pero transportamos siempre el tormento del que esperábamos librarnos; y, puesto que no nos enmendamos, al desplazarnos resulta únicamente que añadimos remordimiento al pesar y culpa al sufrimiento.



BENJAMIN CONSTANT (Lausana, 1767-París, 1830), novelista, escritor político y ensayista que alternó el entusiasmo y la hostilidad por Napoleón y por la monarquía borbónica, es conocido, sobre todo, por sus novelas *Adolphe* y *Cécile*, por su correspondencia y por su diario. Su trasfondo autobiográfico —su atormentado amor con Mme. De Staël—, un dominio excepcional del lenguaje y una sutil capacidad de penetración psicológica sellan esta obra que hoy presentamos.